

CISNEROS, LUIS BENJAMÍN (1837 - 1904)

*JULIA O ESCENAS DE LA VIDA EN LIMA*

(Romance)

ÍNDICE:

A MI MADRE  
PRÓLOGO

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X  
XI  
XII  
XIII

A MI MADRE

A usted, santa madre de familia, custodio desvelado del humilde hogar, ángel siempre inclinado sobre el corazón de sus hijos; ¡a usted, madre mía, pertenece este libro! Aunque mi pensamiento haya encontrado acción en las pasiones del mundo, la santidad del fin social por que me ha sido inspirado lo hace digno de usted. Poseído de irreveles emociones, trémula la mano, doblada la rodilla, la cabeza hacia el suelo, yo lo deposito tiernamente, como una ofrenda de mi adoración, sobre la falda santa en que dormí de niño. Acójalo y bendígalo usted, madre del alma, idolatrada madre mía, cuyo nombre humedezco con mi llanto al escribirlo sobre esta página.

Su tierno y amantísimo hijo,

Que Sus Pies Besa

Luis

París, 10 de setiembre de 1860.

## PRÓLOGO

He escrito este libro por tres motivos.

Por llenar un pensamiento moral.

Por contribuir a que más tarde cualquiera otro, mejor dotado que yo por la Providencia, inicie en el país este género de literatura, y

Por manifestar que la vida actual de nuestra sociedad no carece absolutamente de poesía, como lo pretenden algunos espíritus.

El ridículo frívolo y la crítica hiriente, se han apoderado muchas veces de nuestras costumbres; pero nadie ha estudiado hasta ahora su faz bella, elevada y poética. Hay sin embargo en nuestra existencia social, en nuestra vida íntima de familia y en nuestros hábitos populares, un horizonte infinito abierto a la poesía, a la contemplación y al romanticismo.

El espíritu del romance francés moderno, noble y moral en el fondo, ha sido corrompido en su cuna. Trasplantarlo sin sus formas de escándalo y prostitución a una sociedad como la nuestra, llena de indefinibles susceptibilidades y dotada de un instintivo criterio literario, es un trabajo más difícil de lo que a primera vista parece.

Soy muy humilde para abrigar la pretensión de haberlo logrado en este pobre ensayo, y sólo la casualidad pudiera hacer que fuese benévolamente acogido.

En cuanto al pensamiento moral que me ha guiado, dejo su apreciación a la conciencia de cada cual.

París, 1860.

## I

Una noche cenábamos varios amigos en mi cuarto. La casualidad nos había reunido, y una cena de amigos debida a la casualidad es doblemente alegre. Hablábamos bastante y reíamos más. Nos hallábamos poseídos de cierto acceso de simpatía mutua que aumentaba nuestra franqueza; y nos expresábamos, como sucede siempre entre jóvenes, con alguna libertad en la intención, aunque no en la palabra. Los chistes, las frases

equívocas, las interpretaciones maliciosas, la crónica escandalosa del día, las anécdotas tradicionales de colegio, todo lo que forma el encanto de esas horas de expansión y de júbilo fue agotado en la mesa.

La cena había sido devorada, y sólo quedaban dos o tres botellas desafiando los restos de esa sed de aturdimiento que produce la alegría. Aunque nadie se había marcado, el vino había ofuscado un poco las cabezas. Era yo tal vez el único que la conservaba en perfecto estado de serenidad.

Poco a poco cesaron las risas y al mucho ruido sucedió un momento de silencio profundo. Todos habíamos tomado a la vez una actitud de indolencia, y jugando cada cual distraídamente con su copa o contemplando al amigo a quien tenía al frente, buscaba algo qué decir para animar la conversación agotada. Una conversación que en tales momentos se extingue es como la llama de una hoguera: basta una paja y una ráfaga de viento para que vuelva a la vida.

-He tenido hoy una noticia feliz -dijo C...- interrumpiendo el silencio.

-Sepámosla, contestó V... Ya habíamos sospechado que celebrabas alguna por lo mucho que has bebido.

-Iba a decir, replicó C..., sonriendo, que Andrés L... está ya fuera de peligro y que sólo hoy lo he sabido.

-¡Andrés! -Exclamé yo con sorpresa- ¿Andrés L... está enfermo?

-Ha estado a la muerte, repuso C...

-Lo ignoraba absolutamente. ¿Qué enfermedad?...

-Yo mismo no la sé.

-Es Julia R... quien tiene la culpa de todo lo que sobrevenga a ese pobre muchacho, añadió M... con un acento que marcaba el desprecio por la mujer de quien hablaba.

-¡Qué! ¿Andrés sigue hasta ahora enamorado de Julia? Dije yo más sorprendido aún. Pues es un loco o tiene por ella una pasión de novela.

-Julia lleva una vida de loreta limeña, y esa vida parece que hace mal a su antiguo amante.

-Según he entendido, Andrés tuvo amores con Julia antes de que esta se casara, repliqué yo interesado ya en la conversación. Se casó con otro y bastaría eso para que no volviera a acordarse de ella. Por lo demás, su amor propio debía estar satisfecho, puesto que su mismo marido se encargó de la venganza, abandonándola.

-Si hemos de creer lo que parece, las cosas han pasado de ese modo. La verdad es que nadie sabe a qué atenerse, porque Andrés tiene la maldita manía de esquivar sus contestaciones cuando se le habla de esos amores. He oído asegurar, a pesar de todo, que Julia tiene un excelente corazón.

-Todas nuestras mujeres tienen un corazón excelente, dijo vivamente C..., y sus defectos nacen sólo de la educación que se les da y de los vicios de la sociedad en que viven.

El diálogo recayó sobre otro objeto, las copas se multiplicaron y volvieron a resonar las carcajadas. Miramos nuestros relojes y eran las dos. Todos mis camaradas comenzaron a despedirse. Una aria de bajo, cantada en la calle por uno de los tres últimos que se retiraron, me anunció al fin que estaba solo y pensé en dormir tranquilamente.

Las palabras de M... sobre Andrés y Julia habían excitado mi curiosidad. Al pensar en ellas, sentí el deseo de conocer el misterio que había en la vida de esa mujer y en el renacimiento de un amor que Andrés creía completamente extinguido, cuando en nuestros momentos de confianza le había hablado sobre él. Andrés, sin embargo, no me había contado su historia con esa mujer, que parecía haber echado hondas raíces en su corazón. Ligeras chanzas que él había contestado siempre sonriendo, eran toda la inteligencia que había existido entre nosotros respecto de Julia, a quien, lo diré de paso, sólo conocía de nombre. Reflexioné que al día siguiente podía ir a visitar a Andrés, me acosté preocupado y apagué mi luz pensando en él.

## II

Andrés no sólo era un buen muchacho de colegio y un excelente joven: era también una notabilidad para los que habían tenido ocasión de conocerlo íntimamente. Recibido de abogado, fue a Europa a perfeccionar su educación y permaneció en París tres años. Dotado de una inteligencia despejada, de una mirada comprensiva y de un lenguaje lento, armonioso y puro, puede asegurarse que no había errado su carrera. Poseía una delicadeza de análisis profunda para las altas cuestiones legales, lo que lo había granjeado cierta reputación en el colegio y en el foro. Esa reputación no se extendía sin embargo más allá de cierto círculo, y sea por humildad o por falta de apoyo, Andrés no se había prevalido de ella para lanzarse, como lo han hecho todos sus compañeros de colegio, en el torbellino del mundo a fin de alcanzar un puesto público o un nombre ruidoso en la sociedad. El día en que tal idea hubiera entrado en sus propósitos, se habría abierto campo al través de su generación hasta alcanzar una posición distinguida y una aureola brillante. No contaba con una numerosa clientela, aunque ganaba para vivir honrada y decentemente. Era una existencia de trabajo y estudio, casi sumida en las sombras, modesta y resignada.

Una fisonomía más simpática que bella y unas maneras pulidas preparaban en su favor. Creía en el amor y en la virtud como una alma de diez y seis años. Cuando se hallaba en sociedad permanecía mudo y sólo tomaba la palabra en los momentos en que se

conmovía profundamente, cosa no muy difícil si se le hablaba de religión, de justicia o de política. Después de oírle no podía dejar de conservarse por él un aprecio sincero unido a cierta admiración de que uno mismo quedaba satisfecho.

Andrés pertenecía a esos espíritus desalentados y sin fe en el presente, que fundan todas sus esperanzas en el porvenir. Creía que los vicios sociales, la corrupción política y la desorganización en que vivimos tienen su origen en la generación que nos ha antecedido, que lucha por no desaparecer aún y que, valiéndome de sus propias palabras, «se sobrevive a sí misma en un teatro que se derrumba». No odiaba a esa generación, porque no cabía en él el odio, pero sentía repugnancia hacia ella y en sus momentos de exaltación la maldecía.

Observábasele un desprecio profundo por ciertas clases de nuestra sociedad. La vista de una de esas mujeres ostentosas que pasan junto a uno, altaneras y deslumbrantes, aumentando con una negligencia estudiada el ruido de su vestido contra las baldosas de la calle, le irritaba a pesar suyo. La arrogancia de uno de esos hombres que viven sólo del juego, le exaltaba y le hacía hablar horas enteras contra la inmoralidad y la falta de pudor de los que toman ese vicio como una profesión. Su indignación tocaba en tal extremo, que diferentes amigos suyos habían llegado a presumir que tenía origen en algún motivo especial. Cuando había ocasión de notar en él esta marcada odiosidad, no se podía dejar de hacer conjeturas extrañas. Yo mismo había meditado mil veces sobre ese motivo, pero jamás había logrado descubrirlo.

Andrés y yo nos profesábamos un verdadero cariño. Condiscípulos e hijos de dos familias amigas, nos habíamos unido desde el colegio, y aunque separados por la distancia, por nuestras ocupaciones diarias y por la diversidad de los círculos que frecuentábamos, nos seguíamos con la vista de lejos y nos interesábamos mutuamente en nuestra suerte. Simpatizábamos por la delicadeza de sentimiento; y un encuentro casual era para ambos un día de amistad, de recuerdos, de expansión y de confianzas mutuas. Discutíamos, comíamos juntos, leíamos, comentábamos, pasábamos tres o cuatro horas en su cuarto o en el mío y nos separábamos satisfechos, pero con cierta tristeza en el fondo del alma. Nuestra amistad y nuestra franqueza eran pues verdaderas, aunque nuestras relaciones no eran cotidianas ni frecuentes.

Dos cualidades habían llamado siempre mi atención en el carácter de L... -la honradez y la adoración por su madre. En el colegio era señalado por su pobreza y por su escrupulosa integridad. Se había educado a expensas de un pariente lejano que, al morir, lo legó sus últimos recursos con el objeto especial de que efectuara un viaje a Europa. Vivía humildemente y sus pocos honorarios le permitían atender a la subsistencia de su madre, de cuyo lado no quería separarse.

Andrés L... se encuentra hoy en B..., bien lejos de Lima. Han sobrevenido motivos para que su cariño por mí se haya acrecentado; pero no sé las variaciones que habrá sufrido su carácter. En la época a que me refiero era tal como acabo de presentarlo.

Me dormí pues meditando en Andrés, y a la mañana siguiente me desperté cuando era muy tarde.

Era casualmente un domingo, día de una solemne festividad religiosa. En estos días hay algo de expansivo y risueño, como hay siempre algo de profundamente triste en la última tarde del año que muere.

El sol estaba radiante y la ciudad respiraba alegría. A pesar de la primavera casi perpetua de nuestros campos, hay estaciones en que se siente la resurrección de la naturaleza y en que parece que recobra toda su pompa. En verano, la ciudad se despierta todas las mañanas bañada de esplendor, y el alma se ensancha en esas mil infinitas esferas de voluptuosidad que el ardiente resplandor del sol abre a la vida.

Me vestí, almorcé y me dirigí a casa de Andrés. Mi amigo vivía en una pieza alta que tenía un balcón hacia la calle. Subí la escalera, llegué a la puerta de su habitación y llamé.

La madre de mi amigo me recibió con familiaridad y satisfacción. Anunció a Andrés mi visita con una sonrisa de gozo, me hizo penetrar en el dormitorio y se retiró, no sin encargar repetidas veces a su hijo que se mantuviera en mucha quietud.

Andrés se hallaba sentado en una muelle poltrona con un libro en la mano. Estaba excesivamente pálido. Un gorro de trabajo hacía resaltar sus grandes ojos negros y la escualidez de sus facciones. Las manos amarillas y flacas contrastaban con el color negro de su levita, cerrada completamente sobre el pecho. Dejó caer el libro sobre sus piernas y levantó la vista. La mirada era lenta, aunque risueña, y el ademán tardío. Me tendió la mano con una expresión de alegría impensada, y al sonreírse pude percibir esa amarillez de encías y de labios que distingue a los que convalecen de una enfermedad peligrosa. Andrés tomó en seguida su pañuelo con precipitación y tosió un instante.

Evidentemente mi amigo había estado muy enfermo. Una pulmonía le había obligado a guardar cama durante un mes entero. Era ese el tercer día de su convalecencia y el primero en que se sentía bien.

Mi visita era imprevista y por tanto más agradable para Andrés.

Hablamos de todo. Recorrimos todos nuestros temas favoritos. La conversación de dos amigos que se quieren y que se ven después de mucho tiempo, es el teclado de un piano que se recorre y que varía todos los tonos. Las cosas del día, los sucesos políticos, los acontecimientos de nuestros círculos y las reflexiones serias, mezcladas a todo, vinieron sucesivamente a dar vida a nuestro diálogo tranquilo y cariñoso.

Andrés me comprometió a que lo acompañara todo el día: no tenía nada que hacer y accedí a ello con gusto.

El interés que me inspiraba la salud de mi amigo, me había conducido a hacerle una visita. Pero en esa visita tenía parte un sentimiento de curiosidad, que tal vez no era más que ese mismo interés. Yo esperaba una ocasión favorable para hablar de Julia.

L... me invitó a comer en compañía de su madre o en su cuarto, si lo prefería. Acepté la segunda alternativa. Cuando terminamos de comer, hubo un momento de silencio. Me levanté, me dirigí hacia la puerta del balcón, que resguardaba una cortina, separé las dos alas de ésta, atravesé la puerta, abrí una persiana y me puse a mirar a la calle. Al divisar desde alto la ciudad en una bellísima tarde de verano, vino a mi imaginación el aspecto de las ciudades del viejo mundo y pregunté en voz alta a Andrés si quería volver a Europa.

-Sí, me contestó. Ahora más que nunca, ahora que necesito grandes y agradables impresiones para sanar.

-Cualquiera creería, según eso, que es una gran impresión lo que te ha enfermado, le repuse con un tono insinuante, volviendo a entrar en el dormitorio.

-¡Y no se engañaría! Murmuró mi amigo.

-¿Es Julia tal vez quien te ha causado esa impresión? Le dije entonces sonriendo y con un acento que revelaba una intención oculta.

-¡Julia!... ¿Qué? ¿Por qué me lo preguntas?... ¿Has sabido tú algo?

-¿De qué?

-De lo que ha pasado.

-Luego te ha pasado algo con Julia...

-Sí. ¿Lo has llegado a saber?

-Y ¿qué es lo que te ha pasado?

-Luego te lo diré; pero contéstame antes, me dijo, esforzándose como si hubiera querido levantarse del asiento y leer la respuesta en mis ojos.

-Nada sé, ni nada he oído, me apresuré a contestarle.

Andrés respiró. Desde este instante la historia de Julia y de mi amigo me pertenecía toda entera.

Supliqué con instancia a Andrés que me contara el nuevo incidente a que había aludido. Él me había hecho comprender que su pasión por Julia no era ya más que un recuerdo y

sus palabras acababan de revelarme lo contrario. Hasta cierto punto, esto me daba derecho para exigir una explicación. Andrés se resistió un poco, pero accedió al fin.

-Sí, me dijo resueltamente, es preciso que tú conozcas esta pasión en todos sus detalles. La historia de unos amores desgraciados es siempre triste. Pero supuesto que quieres entristecerte voy a darte gusto. Eres el primero y el único, amigo mío, a quien pienso comunicar esta historia. Cuando he meditado en confiarla a alguno, me he acordado de ti. Si encuentras debilidad de corazón en todo lo que voy a relatarte, tú sabrás perdonarme; y si lloro algunas veces, sabrás compadecerme. Por otra parte, todo esto me hará bien. La compartición de esta amargura y el desbordamiento de estas lágrimas me mejorarán. Este dolor es demasiado fuerte para que pueda sobrellevarlo un hombre solo. ¿Lo querrás creer? A ratos he deseado morir.

Al hablar así, Andrés tenía la voz trémula y los ojos humedecidos por una lágrima que enjugó con su pañuelo.

-¡Vamos! La vida tiene consuelo para todo, le dije. Habla pausadamente para no fatigarte. Yo te escucharé como un niño.

Me acerqué a la puerta del balcón y suspendí de un lado la cortina para que entrara un poco más de luz y poder distinguir una arcada del cielo.

Una ráfaga de viento refrescó el dormitorio: la tarde comenzaba a apagarse en el horizonte.

Di vuelta a la silla del enfermo de manera que pudiésemos vernos de frente, y busqué en el diván la postura más cómoda.

En este momento se presentó el criado con una taza de tinto y aromático café. Le mandé arrastrar hasta el diván la mesa de noche y coloqué la taza sobre ella.

Estábamos solos.

Andrés comenzó así.

### III

Cuando conocí a Julia era una niña de trece a catorce años. Yo vivía entonces en la calle de Piedra y ella en la de Valladolid. Como ves, nos hallábamos en una misma dirección hacia la plaza principal.

Todas las tardes divisaba, desde mi ventana, venir una figura infantil y risueña que se acercaba y pasaba delante de mí como una sombra. Llevaba a su alrededor la atmósfera

de pureza que toda niña tiene a esa edad, edad que, lo diré de paso, es para mí el mayor encanto en la mujer.

Jamás encuentro en la calle una niña de doce a quince años sin que mis miradas se fijen en ella. El rayo de inocencia que circunda su cabeza, la vaporosidad de su traje alto, la gracia con que al andar desliza ligeramente sus pies sobre el piso, me hacen acordar del cielo y de los días de mi infancia. La edad más bella de la vida en la más bella criatura de la naturaleza, es sin duda ese instante en que la niñez acaba y la juventud se inicia. El ángel se transforma en virgen, y su sonrisa irradia el último reflejo de una aurora que muere.

La encantadora niña que veía pasar todas las tardes por mi cuarto era una morena de hermosos ojos negros, contorneadas pestañas y espesas cejas dibujadas a pincel. Dos trenzas de ébano caían sobre su espalda resguardada por una manteleta. Su talle, un tanto flexible anunciaba un cuerpo delgado y esbelto. Un botín elástico de color claro, cubierto basta la mitad por el encaje de un calzón ancho, ceñía su débil y diminuto pie. Pasaba, y yo seguía indiferentemente con la vista los pliegues de su vestido que hacía ondular un movimiento ligero y armonioso. Llevaba siempre un libro en la mano y la acompañaba una criada. Era Julia que volvía del colegio.

La casualidad me impuso de que era huérfana. La educaba un tío que la amaba como padre y que en nada la distinguía de una hija llamada Pepa, prima hermana, o más bien, simplemente hermana de Julia.

Estas circunstancias habían hecho que, al pasar por la puerta de la casa que habitaba esta familia, me fijara siempre en ella. Su aspecto triste y ruinoso revelaba, si no la escasez absoluta, al menos las privaciones de una estrecha mediocridad.

Un día, poco antes de emprender mi viaje a Europa, fui a la corte a hacer mi primera defensa. Un amigo me presentó por incidencia al tío de Julia, don Antonio R... antiguo empleado en palacio, a quien debes conocer. Me refirió que seguía un pleito de algún interés cuyo éxito, como sucede a todo litigante, estaba cansado de esperar.

Durante mis viajes, en París, en cualquiera parte donde me encontrara, siempre que veía un tipo de su especie, me acordaba inmediatamente de Julia. En ese recuerdo sólo entraba el tipo, es decir, la delineación especial de sus formas, pero no la imagen. Se reflejaba en mí, no con el encanto de una mujer, sino con la poesía de la niña vaporosa y aérea que había conocido. ¿Quién me hubiera augurado que esa sombra risueña debía ser la pasión borrascosa misa de juventud? Entonces sólo era para mí como el vago recuerdo de un perfume santo.

El más grande misterio del amor es su predestinación. Hay en el mundo una mujer completamente extraña para nosotros, o, para expresarme mejor, conocemos hoy una mujer que la casualidad nos presenta; preguntamos quién es, la contemplamos, la encontramos hermosa y nos alejamos indiferentes. Pero la Providencia ha enlazado en un punto los hilos de su existencia y de la nuestra; y cualquiera que sea mañana la distancia

de tiempo y de lugar que nos separen de ella, la mano invisible de Dios va recogiendo los hilos; y los extremos, es decir, las existencias mismas se aproximan poco a poco, se aperciben, se tocan y se rozan fatalmente. Si la predestinación es una verdad revelada a alguna inteligencia, su faz más curiosa debe ser la atracción recíproca, el itinerario secreto y mutuamente ignorado de dos almas sobre la tierra que un día deben encontrarse y amarse.

Regresé, y no había vuelto a acordarme de Julia hasta que al pasar una tarde por delante de su casa la distinguí en la ventana de reja. Sus facciones se habían dilatado y purificado, su mirada había tomado un rayo de perspicacia que antes no tenía, su pecho se había levantado y todos los contornos de su busto definidos. La juventud había perfeccionado su tipo, iluminado su frente y enorgullecido su actitud. No tenía ya la humildad candorosa de la niña sino el esplendor y la altivez de la hermosura.

Me fijé entonces en que la casa había recibido o, más bien, se hallaba recibiendo una transformación completa. En efecto: se distinguía, por su aspecto de trabajo, que había sufrido una reparación seria y, si bien dilatada, próxima a terminar.

La costumbre me hizo pasar al día siguiente por la misma calle y volví a distinguir, no sin fijarme bastante en ella, a Julia que se hallaba en la ventana de reja acompañada de su hermana.

A la tarde posterior debía tomar otro camino, pero, acordándome de mi morena, preferí tomar el de su casa. Al acercarme, percibí que me reconocía y que llamaba a Pepa para mostrarme a ella. Me sonreí involuntariamente. Julia llevó su pañuelo a la boca con cierta espontaneidad que me indicó la intención de ocultar una sonrisa. Volví a pasar aparentando indiferencia; pero, al atravesar cerca de su ventana, creí ver en Julia, como a la luz de un relámpago, la súbita y suprema irradiación de la belleza.

El pensamiento de que podía amarla y ser tal vez amado de ella atravesó por primera vez por mi mente.

Inútil me parece decirte que seguí pasando por la ventana y contemplando a esa adorable criatura todas las tardes... todos los días... a todo instante.

Tengo para mí que amar una mujer sin haberla hablado nunca, si bien es muy fácil para un alma de diez y siete años, no es más que una fantasía precoz del sentimiento que sólo tiene del amor las amarguras y el delirio. A pesar de esta reflexión y de que no tenía esa edad, yo me encontré de un momento a otro encadenado a Julia. Cuando llegaba la noche y no había logrado verla, me encerraba en mi cuarto triste y disgustado.

Un día salí y fui a casa de mi amigo J..., el mismo que en otra ocasión me había presentado al señor R..., tío de Julia. Le declaré que deseaba ser introducido en la casa.

La ocasión no podía ser más propicia.

J... me refirió que el señor R... había ganado su pleito y entrado en posesión de un capital de treinta mil pesos. Su primer cuidado había sido refaccionar la finca que habitaba con la mitad de ese capital y colocar la otra mitad en una casa de comercio, a fin de que el interés, unido a su pequeño sueldo de empleado, le proporcionara una renta bastante para vivir con decencia. El pobre viejo estaba loco de contento. La casa acababa de ser refaccionada y amueblada. Este gran acontecimiento le había inspirado la idea de dar a la noche siguiente una *soirée*, o un *té*, como se dice entre nosotros. J... había sido encargado de llevar algunos jóvenes para que bailaran y animasen la reunión. Propúsome que sería uno de ellos.

Me fascinaba la idea de pasar una noche entera al lado de Julia, pero la forma de la presentación no me complacía.

Sucede entre nosotros, que cuando una familia pobre o de pocas relaciones prepara una noche de reunión en su casa, encarga a sus amigos que lleven algunos jóvenes «que sepan bailar y que puedan entretener a las niñas.» Esta costumbre tiene sus inconvenientes. No admira, sin embargo, la ilimitada franqueza de las familias: admira la ligereza de los que aceptan el papel que se les brinda.

Rechacé la proposición. J... insistió y recordándome que yo había sido ya presentado al señor R... y me ofreció ir anticipadamente a la casa a hacer algunas advertencias sobre mi persona. Acepté, bajo esa condición.

Al regresar y pasar por la puerta de la familia R..., volví la cara por ver si divisaba a Julia y contemplé una casa llena de luz y cuya brillante perspectiva decía al transeúnte que acababa de recibir la última mano de pintura.

A las ocho de la noche siguiente me hallaba en mi cuarto haciendo mi *toilette* lo más elegantemente que pude. J... cumplió su palabra y vino a buscarme. Salimos, nos tomamos del brazo y penetramos en la casa acompañados de algunos otros.

Las polkas y las schottisch habían comenzado ya. Se respiraba en una atmósfera de juventud y de vida.

Las luces y las flores son en todas partes eternas compañeras de la alegría, y excusado es decir que formaban parte de ese cuadro. La casa, medianamente puesta, revelaba el reciente mejoramiento de fortuna. Una mueblería nueva en su totalidad lo daba un aspecto de lujo, pero en realidad no había sino comodidad y decencia. Notábase que se había puesto más esmero en el ornato de la *cuadra*, cuya sedosa alfombra de tripe daba más suavidad al movimiento acompasado de las parejas y cuyos dos hermosos espejos multiplicaban las luces y el espacio.

Todas las bellezas del barrio se hallaban reunidas allí. Entre algunos tipos estafalarios y muchos jóvenes que me eran completamente extraños, sólo percibí uno o dos de nombre distinguido por su familia o por su posición social. Noté a primera vista al viejo y cojo

coronel T... que hablaba con Julia y que, sea dicho de paso, era la persona más caracterizada de la concurrencia.

Mi presentación al señor R... fue un reconocimiento. Su hija Pepa me recibió con un aire de satisfacción esperada, y Julia me dio a estrechar su mano, tímida y risueña, no sin una mirada de oculta alegría.

Después de haber bailado toda la noche y en un momento de cansancio en que Julia acababa de desprenderse de mi brazo, me acerqué a don Antonio que desde un rincón contemplaba la alegría de su casa. A algunas palabras lisonjeras de su parte se siguió un diálogo de intimidad y de franqueza. Reconocí en él uno de esos hombres nacidos en otra época, mezquinos de alma e imbuidos de ciertas preocupaciones. Una educación tradicional ha dejado a esos hombres un espíritu pobre, pueril y ridículo a veces; aunque justo, benigno e inofensivo en el fondo. Tenía una ciega idolatría por su hija y su sobrina, y no se ocupaba sino de su alegría en el presente y de su bienestar para el porvenir.

Hablamos, por supuesto, del pleito y de los esfuerzos que había hecho para triunfar sobre la parte contraria. Una acción de cincuenta mil pesos había quedado reducida a treinta mil. Me refirió lo mismo que J... sobre la distribución de ese capital, y agregó, por vía de apéndice, la historia de los contrastes y de los menores incidentes que le habían ocurrido en la reparación de la casa, desde la plantación de los nuevos cimientos hasta la colocación del espejo que teníamos al frente. A cada paso se había presentado un obstáculo que siempre había vencido. Felizmente todo estaba terminado. Las niñas habían quedado satisfechas.

Comprendí que el pobre viejo no tenía cabeza para arquitecto y que todo le había costado una tercia parte más sobre su precio don Antonio calculaba del mismo modo que los empresarios de teatro cuando ajustan una nueva compañía, calculan los gastos hasta el momento de levantar el telón. -Hasta esta misma noche, me dijo, llevo invertidos diez y seis mil pesos exactos-. Estas circunstancias me hicieron conocer las verdaderas condiciones económicas de la familia R...

Esa noche cambié con Julia una sonrisa, una frase ambigua y una flor.

Cuando a la mañana siguiente me retiré de su casa y contemplé el esplendor tranquilo de la aurora que iluminaba el cielo, sentí surgir en mi alma un mundo de ilusiones, y el recuerdo de la noche que acababa de pasar me inundaba de felicidad como el espacio que tenía a la vista se inundaba de luz.

Coloqué la flor que me había dado Julia entre dos páginas de Lamartine. Me desnudé sin conciencia de lo que hacía y dormí hasta la tarde más tranquilo que nunca.

Al cabo de dos meses era yo el amigo más íntimo de la casa. Entraba en ella a cualquier instante y mi presencia era un motivo de alegría para toda la familia. Desde el austero don Antonio hasta el último criado tenían por mí cierta deferencia que yo trataba de retribuir con demostraciones de sincero afecto. Pasaba allí todas las horas que me [permitían mis labores en largas conversaciones, ora serias, ora alegres, pero siempre dulces y siempre cortas para mí. Tomaba el té todas las noches al lado de Julia y me retiraba satisfecho.

Cuando había dejado de ir un día entero y llegaba al siguiente, me aguardaba una serie de reconveniones, hechas con un acento de apasionada amistad. Pepa era quien más había llegado a concebir por mí esta especie de sentimiento con toda la sinceridad que da la mutua simpatía de dos almas jóvenes, pero al mismo tiempo, con toda la inocencia que presta el candor y las reservas que impone esa misma juventud. Era ella también quien se afanaba más en dirigirme esas reconveniones en un tono de burla que me encantaba. Daba yo mis disculpas y al fin se me perdonaba sonriendo.

En cuanto a don Antonio, no era cariño lo que llegué a inspirarle: era una adoración mezclada a cierto respeto.

Sucede en Lima que cuando hay en una familia dos o tres muchachas casaderas, se encuentra siempre entre ellas una que se distingue por su inteligencia despejada, por su mirada maliciosa y por su espiritualidad epigramática. Con una frase equívoca siempre en los labios y un alma siempre dispuesta para la risa, busca de qué burlarse, y esparce la alegría por todos los ámbitos de la casa. Al través de la viveza de espíritu que constituye el carácter de la limeña, reconócese en ella una sensibilidad delicada, tierna y exquisita. Reúne una habilidad versátil y superficial, una penetración profunda para las cosas serias. Dotada de una perspicacia íntima y delicada, parece a veces que poseyera la facultad de adivinar. Se entristece al oír contar una historia desgraciada, gusta de los libros y llora al leer una novela. A ella están regularmente encomendados los arreglos económicos y los pequeños cuidados domésticos. Esta es, si se me permite una expresión familiar, la *viva* de la casa.

Difícil, muy difícil es que estos caracteres lleguen a concebir un amor verdadero, pero cuando aman, aman con cierta efusión de ternura infinita que toca en el delirio.

Al lado de ese tipo se encuentra siempre otro en quien la sonrisa de malicia se ha trocado por una sonrisa de abandono y de inocencia. Nótase en la dejadez de sus modales cierta pereza de espíritu y de cuerpo que algunas veces se traduce por romanticismo. Vive secretamente envanecida de su hermosura y se preocupa más de su belleza que de las interioridades de la casa. Ama la lectura, pero tiene la seguridad de que no es necesaria para encontrar adoradores por todas partes, y no la cultiva por negligencia natural. Es regularmente la menos querida de las hijas. Habla poco, oye conversar en silencio con un aire de admiración y pide la explicación de la cosa más sencilla. No por eso se halla desheredada de la intensidad de comprensión ni de esos momentos de maravillosa lucidez que distinguen a la limeña. Posee una alma virginal y un corazón de niño. Es la *cándida* de la familia, cuando esta bella criatura ha nacido en una humilde esfera y vive en la

pobreza, la seducción vela a su lado y casi siempre acaba por arrancarla una noche del techo de sus padres.

Sin dejar de ser bella, Pepa era en la familia R... el tipo de la viveza y Julia el de la candidez.

Tengo para mí que no debemos exigir a nuestra sociedad mujeres de talento ni de ilustración. Un joven debe buscar, después de un verdadero amor, una alma casta y un corazón sano que guarde intacta la virginidad del sentimiento, y que haya recibido en el hogar de la familia la enseñanza de la virtud.

Por mi parte, confieso que, a pesar de sus defectos, profeso cierta adoración por ese ángel de hermosura, de abandono y de inocencia de que acabo de hablar. Esa ignorancia absoluta de las cosas de la vida, ese olvido aparente de sí misma, esa indolente dejadez en su actitud y cierto aire de resignación que se refleja en su semblante, me atraen donde quiera que lo encuentro. Hay en mi alma una simpatía desconocida para ese tipo de sencillez y voluptuosidad que me encanta y me fascina.

Ya lo habrás previsto. Mi amor por Julia creció cada día más hasta que se convirtió en un delirio continuo. No pensaba más que en verla, contemplarla y adorarla. Todo lo hacía por ella y para ella. Arreglaba mis labores todos los días precipitadamente para tener más horas de libertad que pasar a su lado. Había formado una religión de mi amor y una plegaria de su nombre. Cuando practicaba en mi profesión una acción noble, cuando hacía un bien, cuando daba a un mendigo una limosna, la imagen de Julia me venía involuntariamente a la memoria y me sentía más digno de ella. La conciencia del bien se confundía en mí con el sentimiento divino que esa mujer me inspiraba. Cuanto le pertenecía, cuanto amaba, cuanto venía de ella, cuanto había tocado con sus manos estaba perfumado, embellecido, purificado para mí. Me hallaba en un estado de fiebre perpetua, fiebre del corazón que alimentaba o devoraba mi vida según el número de miradas que Julia me había dirigido o el tono en que me había hablado la noche anterior. Si este estado de mi alma se hubiera prolongado quince días más, habría enloquecido sin duda.

En cuanto al modo como Julia aceptaba mi pasión, no me creía desgraciado. Sentía por mí un amor verdadero, aunque no tan ardiente e impetuoso como yo habría querido. Recibía de ella cuantas pruebas de distinción pueden exigirse de una joven de nuestra sociedad, cuando la castidad y la ternura entran en el amor que nos inspira. Le había escrito algunas cartas que ella había contestado con esos mal dibujados renglones de la ignorancia de la limeña, ignorancia que tiene su encanto para el alma enamorada, porque además de la sencillez de la expresión y del cariño que revelan, prueban siempre el sacrificio que se hace al escribirlos. El candor que respiraban sus cartas y el trato frecuente me hicieron conocer los sentimientos puros y virginales de su alma, y llegué a concebir que, desposándose Julia con el hombre a quien amara, haría de su casa, sin saberlo ella misma, un santuario de paz para su esposo, de adoración para ella y de virtud para todos.

A veces creía que el amor que la inspiraba nacía de un sentimiento de vanidad por la predilección con que me distinguía el círculo de su familia y de sus amigos. No era ese el amor que yo deseaba, y esta idea me sumergía en largos momentos de amarga duda. Pero cuando al atravesar a la tarde siguiente la puerta de su casa, lo primero que divisaba era la figura deslumbrante de Julia, que reclinada en el antepecho del corredor me esperaba impaciente, mi corazón se dilataba y todas las dudas de mi alma desaparecían al sentir que su mano delicada estrechaba la mía con cierto aire de inteligencia. La irradiación de una sonrisa que dibujaban sus labios bajaba entonces hasta el fondo de mi alma. Yo llamaba a esa sonrisa el iris de mi cielo, porque ella era como el símbolo misterioso de que acababan de calmarse todas las tempestades de mi espíritu.

Un día medité en mi madre, en mi posición, en mi porvenir, en mi fortuna, en cuanto puede meditar un hombre antes de decidir de su destino; tomé una resolución definitiva y determiné casarme con Julia.

Bajé de mi cuarto, atravesé lleno de temores el patio de casa y entré donde mi madre. Hacía tiempo que la infeliz se había apercibido de mi inquietud, de mis insomnios y de mi constante melancolía; de un momento a otro esperaba, como yo mismo, una violenta decadencia en mi salud. Poseo una de esas naturalezas en que las grandes emociones gastan no sólo el alma sino también el cuerpo. Discurrimos juntos largo tiempo, meditamos en su aislamiento, convenimos en la necesidad de sistemar mi vida, calculamos nuestros medios de fortuna y previmos los menores incidentes. Fue esa una conversación dulce, tranquila y amorosa que Dios escuchó sin duda como el himno más santo que puede levantarse hasta él desde el hogar de la familia.

La pobre anciana me abrazó llorando, accedió a mis súplicas y consintió en todo.

De los brazos de mi madre salí a casa de Julia. Llamé a un lado a don Antonio para hablarle a solas y comunicarle mi propósito. El pobre viejo quiso aparentarme una serenidad imperturbable, pero la alegría le traicionaba, revolándose en sus frases y en su rostro. Pocos momentos después compareció Julia ante los dos.

Cuando con los ojos bajos y humedecidos por una lágrima de júbilo suspendida sobre una sonrisa involuntaria, ingenua y virginal como la de un niño, pronunciaron sus labios la palabra de vida para mí; cuando ratificó ante su padre lo que en sus cartas me había dicho, declarando que me amaba y que abrigaba la firme voluntad de casarse conmigo, poseído de no sé qué vértigo que debe producir sin duda lo infinito de la felicidad, hubiera querido arrodillarme a sus pies, besar el sitio que pisaba y, estrechándola a mi corazón, ¡absorberla en mí mismo con una caricia suprema!

Nos comprometimos a guardar, cada uno por su parte, ese secreto de precaución, casi indispensable, que debe preceder siempre a todo matrimonio. Mi situación económica no era muy desahogada; necesitaba hacer algunos arreglos pecuniarios. Puse seis meses de plazo y convenimos en que, una vez casados, Julia iría a vivir al lado de mi madre.

Cuando atravesé el dintel de la puerta, me sentí mejor. Me pareció que había levantado un gran peso de mi corazón y el horizonte de la ciudad se me presentó más dilatado. Amaba a cuantas personas veía y el sentimiento de la dicha me ahogaba. Durante todo el camino me recordé incesantemente a mí mismo esta sola idea: «Julia es mía»; y como si el pensamiento fuese una especie de palabra viva, trataba de decírmelo lo más bajo posible a fin de que no lo oyeran los que pasaban junto a mí. Cuando llegué a casa, mi madre lloraba aún. Eran lágrimas de ternura, no de dolor. Volví a echarme en sus brazos y lloré con ella.

Desde ese día, mi amistad, o mejor dicho, mi vida en casa de don Antonio fue más íntima, más cordial y más franca. Yo mismo creía a ratos que formaba ya parte de la familia.

Como sucede siempre por muchas precauciones que se tomen, el secreto fue burlado. A los ocho días, los amigos a quienes encontraba en mi camino me saludaban sonriendo. En nombre de Julia venía pronto a mezclarse a otra sonrisa, acompañada de una chanza más o menos aceptable. Los amigos... ¡los amigos se interesan tanto por el destino de uno!

## V

Al terminar la parte risueña de esta historia, prosiguió Andrés, tengo que hablarte de un personaje que representa uno de los principales papeles en lo que tiene de dramática. Es un tipo algo común entre nosotros y uno de los caracteres más prominentes de nuestra sociedad.

Tú recordarás aún, que nuestro antiguo maestro de escuela D. T... E..., cuya figura escuálida y seca nos hacía estremecer cuando niños, habitaba en compañía de su mujer, joven aún y hermosa, si se quiere. El pobre viejo ha pasado por una serie de amargas tribulaciones y vive hoy abandonado por ella, acabado por los años y casi en la mendicidad. Mientras la suerte ha tratado de esta manera al valetudinario escudero, no sé por qué extraño capricho ni por qué misteriosas evoluciones de la fortuna, la pobre y humilde Clarita, a quien él reñía con su voz de tiple, ha llegado a ser la señora doña Clara de S... mujer, según se titula, de don Ruperto S..., muy afamado y conocido comerciante.

Como tú sabes, esta mujer ha llegado a hacerse en Lima una notabilidad por su elegancia en el vestir y es admitida, no sólo en ciertos círculos, sino también en una que otra familia distinguida de la sociedad que ignora su pasado o que, si lo sabe, no se desdeña de aceptarla.

Cuando una mujer nacida en cierta esfera de bajeza se mira repentinamente elevada a otra, procura mantenerse en ella llenando todas las exterioridades y fórmulas de vanidad y de lujo que su posición le exige. Cree que, satisfaciendo estas necesidades aparentes de la vida que lleva, nada puede reprochársele y por este hecho se considera igual a las más distinguidas señoras. La verdad es que con el aparato ruidoso de que regularmente se

rodea, deslumbra, fascina y a veces llega a hacer olvidar su origen o sus faltas. En su vida privada no se preocupa de otra cosa que de esas condiciones externas y alucinadoras de su existencia, necesarias un día a sus hábitos y a su orgullo. Conversa incesantemente y con cuantas personas encuentra, de todas esas vanidades que forman su eterno pensamiento. No habla más que de los vestidos, las sedas, las alhajas, las muebles, las propiedades, las compras recientes que ha hecho, las tertulias, la etiqueta y la moda. Cuando habla de un rico y hermoso traje, compone los pliegues del suyo para que el interlocutor se fije en él; y si recae la conversación sobre los brillantes, coloca la mano de manera que el rayo puro del que guarnece su sortija vaya a herir, como por un efecto de casualidad, la mirada del joven que la escucha.

Estas mujeres conservan regularmente la frescura del rostro y la flexibilidad de un talle algo grueso hasta una edad que podría llamarse para ellas una segunda juventud. Hay hombres que las admiran y las atienden en todas partes; y si han tenido la fortuna de dejar en el libro de sus memorias una conquista ruidosa, son respetadas y vistas con interés por cierto círculo de adoradores. De este modo llegan estos seres, especie de flores de mano que sólo tienen de las de la naturaleza la forma y el color, a hacer olvidar su pasado, y si ellos mismos no lo olvidan, parece al menos que no se dejan perseguir ni acosar por su recuerdo.

Hacía pocos días que había sido presentado en casa de la familia R..., cuando una noche encontré con ella, con gran sorpresa mía, a esa Clarita a quien acabamos de recordar y a quien yo había divisado ya algunas veces transformada en una elegante y lujosa señora. D. Ruperto S... se hallaba a su lado. Comprendí al instante que aquella era una visita de etiqueta en que se trataba de iniciar la confianza. La conversación me reveló después que la señora de S. habitaba, hacía cuatro días, la misma calle que la familia R... y que ocupaba la casa contigua. En cuanto a ella, no me reconoció o aparentó no reconocerme. Por mi parte, la saludé con reserva como si jamás la hubiera visto.

Pepa y Julia habían tratado cuando niñas a doña Clara en casa de una compañera de colegio. No eran pues completamente extrañas.

Una noche, en que había ido como de costumbre a pasar mis mejores horas al lado de Julia, encontré, la casa solitaria. Un criado me anunció que las señoritas habían ido a hacer una visita a la señora de S..., y que, previéndolo que yo iría durante su ausencia, me advertían que esperara un instante.

Tomé un libro y aguardaba con impaciencia, cuando se presentó una sirvienta. Las señoritas Pepa y Julia me suplicaban fuese a pasar un rato en casa de la señora de S... Ésta por su parte unía a la de aquellas una invitación formulada en términos de la más tierna amabilidad.

Una negativa habría sido chocante. Fui pues a casa de la señora de S..., que esta vez me estrechó su mano cariñosamente y me llamó su amigo con cierta efusión. D. Ruperto me hizo algunas demostraciones de aprecio, como si me hubiese conocido de antemano. Reconoció en él un hombre muy amable, algo tonto y pretencioso. Era un espíritu

positivista y ridículo que sólo hablaba de las transacciones comerciales y de la sincera e íntima amistad que abrigaban por él dos o tres personajes de elevada representación política, cuyos nombres venían a cada instante a sus labios.

Tenía por la belleza de doña Clara una idolatría casi infantil y una fe exagerada en su lealtad. Sentábase siempre al frente de ella y no despegaba la vista de su rostro ni de su vestido. Se complacía en la elegancia con que sabía llevar los adornos que la compraba y se habría arruinado por satisfacer el menor de sus caprichos. Quedábase horas enteras contemplándola como un tonto, mirábala como un viejo y obedecíala como un niño. Una mirada suya habría sido suficiente para hacerle ir hasta el fin del mundo.

Debo hacerte notar que el tren que sostenía don Ruperto en su casa era deslumbrante y superfluo. La profusión de trajes, de curiosidades, de alhajas y de muebles especialmente encargados a Europa, aturdía a la verdad. Creíase su posición comercial bastante próspera; pero el lujo de su casa y los hábitos de su vida eran al parecer superiores a lo que su fortuna podía permitir. Hablábase de esto en los círculos de la sociedad que tenían motivos para conocerlo, pero nadie había llegado a explicarlo. Su honradez y su firma eran sin embargo acatadas en todas partes.

Estas visitas se repitieron y crearon entre las dos familias S... y R... una franqueza que bien pronto llegó a hacerse intimidad. La prontitud con que individuos y familias enteras adquieren entre nosotros la amistad más estrecha y la confianza más ilimitada, constituye una cualidad innata del carácter del país. A ella debe el extranjero que llega desconocido a nuestras puertas la consideración, las predicciones y el cariño de que inmediatamente se ve rodeado. En esa cualidad tienen también origen las encantadoras especialidades de nuestro modo social de existir. Hablo de los rasgos distintivos de nuestra vida privada, es decir, de nuestras relaciones de familia a familia, de persona a persona. La necesidad de expansión, las simpatías instintivas, las improvisadas y sinceras afecciones, las ingenuas y mutuas confianzas, las tiernas solicitudes, el deseo general de hacer el bien, el espíritu de caridad en las familias -todo esto reunido- constituye entre nosotros cierta vida de corazón que no se halla tal vez en otros pueblos de la tierra. Los que nacidos en nuestra sociedad y trasplantados un día al torbellino inmenso de las grandes poblaciones modernas, hemos visto el vacío que esas sociedades dejan a los sentimientos íntimos, vivido en la soledad de todo afecto desinteresado y sentido el corazón como en un desierto, somos los únicos que podemos apreciar toda la dulzura y todos los encantos de nuestra vida de afecciones.

La contigüidad crea regularmente esos lazos, y merced a ella llegó una época en que podía decirse que las dos familias de que hablo formaban una sola. Durante el día se llevaban de una casa a otra las labores de costura y permanecían juntas todas las horas que dedicaban a esta tarea, separándose sólo para las distracciones privadas de cada familia. De noche se instalaba indistintamente la tertulia en casa de las señoritas R... o en la de don Ruperto, a donde asistía un pequeño número de amigos que no me inspiraban el menor recelo respecto de Julia. Algunas veces notábase la ausencia de doña Clara, que había consagrado la noche a visitas de alto tono y que llegaba algo tarde, más vaporosa,

más engastada y más deslumbrante que de costumbre. Tomábamos el té en medio de dulces pláticas y los retirábamos emplazándonos para la noche próxima.

Fácil es proveer el ascendiente que sobre dos niñas como Pepa y Julia llegaría a tomar una mujer alegre y expansiva como doña Clara, que por su edad y condición podía prestarles el amparo y la tutela de mamá siempre que concebían el proyecto de ir de tapadas a una procesión, de salir a hacer una compra al comercio o de pasar una tarde bajo los verdes sauces de nuestras alamedas. Era Julia en quien se había hecho más notable ese ascendiente. Atribúalo yo a una simpatía verdadera y creía a veces divisar entre ambas estrechas confidencias.

Yo no debía mirar, ni miraba con placer, la unión de la familia R... con Doña Clara. La falta de derecho para reprobear una amistad que se aceptaba me había hecho guardar un silencio estudiado. Pero una vez convenido mi enlace con Julia, resolví iniciar mi disgusto por esa amistad en la primera ocasión favorable. En cuanto a la familia, tú comprenderás sin dificultad, como unas jóvenes que habían vivido hasta entonces pobres y desconocidas, que habían llegado casi súbitamente a la situación en que se encontraban, y que desprovistas de relaciones se conservaban aún aisladas de la sociedad, tú comprenderás, decía, como esas dos almas llenas de aturdimiento e ignorancia, admitían, mantenían y estrechaban la amistad de una mujer reprochable y hasta cierto punto escandalosa. D. Antonio por su parte era demasiado condescendiente y, si he de declararlo de una vez, carecía del discernimiento necesario para comprender toda la influencia que sobre la reputación, y la moral privada de sus hijas podía llegar a tener la intimidad de la señora de S...

Antes de verla en casa de Julia, yo conocía la historia de esta mujer y había oído referir algunos detalles de sus pasados extravíos. Después de iniciarse su intimidad con la familia R..., no sé si sería efecto de la casualidad o si era intencionalmente, lo cierto es que no había círculo de amigos a donde me acercase en que no se ofreciese hablar, por algún incidente de la señora de S... y se relatasen nuevos episodios de su vida.

Esa mujer sabía mi pasión por Julia, a pesar de que fingía ignorarla. Por medio de Pepa pude convencerme de que guardaba una marcada reserva en todo lo que a mí se refería. Jamás expresaba el menor juicio respecto de mi persona ni se permitía una sola palabra sobre ella. Cuando la sorprendía conversando con mis dos bellas amigas en medio de ruidosas carcajadas, tomaba un aire serio, y para que desaparecieran las risas iniciaba un nuevo objeto de conversación. Si la casualidad hacía que se encontrase sola conmigo, un soplo de hielo pasaba entro los dos. Revestíase de cierto tono de alta señora, y se esforzaba por tratarme con una circunspección estudiada, al mismo tiempo que con la amabilidad y el desembarazo que caracterizan esta clase de mujeres. ¿Se avergonzaba doña Clara de que yo recordase su pasado? ¿Había en su corazón una antipatía espontánea y gratuita para mí? ¿Creía que no era yo el hombre que convenía a Julia, a quien amaba ella sinceramente, y temiendo ofender su amor propio, prefería callarse? No lo sé aun. Quizá no representaba yo un hombre tal como lo exige la ambición de comodidades materiales y de fausto, que se ha hecho la ley suprema en ciertas clases de nuestra sociedad, cuando se trata de casar una hija de familia. La verdad es que la señora

de S... si bien no me estimaba como amigo ni me amaba como a futuro esposo de Julia, acreditaba respetarme.

Observé de repente con sorpresa que Pepa y Julia habían dejado los géneros sencillos y los habían sustituido con la seda en su vestido diario.

Pocos días después noté que el servicio interior de la casa había mejorado notablemente, esforzándose por imitar los usos de la familia de S... El antiguo juego de té se había transformado, por ejemplo, en otro de hermosas y transparentes y matizadas tazas de China, exactamente igual al que se presentaba en casa de doña Clara.

Sucedía todo esto cuando mi matrimonio acababa de arreglarse.

¡Jamás olvidaré el día en que conduje a Julia a casa de mi madre, y en que vi estrecharse en un abrazo tierno y cariñoso a los dos seres que más he amado sobre la tierra!

Desde que había obtenido la palabra de Julia, se había operado una reacción en mi espíritu. Mi vida había vuelto a la calma, aunque mi pasión era la misma. La fiebre perpetua había desaparecido de mi cerebro y de mi corazón. Entonces conocí hasta qué punto mala la duda, hasta qué grado consuela la esperanza. Pasado el vértigo del delirio, me quedaba sólo ese estado de soñadora lucidez del que ama y espera. La imagen de Julia venía a bañarme en mis horas de soledad y de silencio con un rayo de paz, y veía pasar ante mí las mil secretas voluptuosidades que iba a encontrar en los días que me esperaban. Podría comparar mi vida de entonces al sueño inquieto de un niño a quien sus padres han ofrecido un día hermoso de campo, y cuya alma espera adormecida, pero con impaciencia, ver radiar sobre el cielo los primeros tintes azules de la aurora deseada. Cada día sorprendía algo que hasta entonces me era desconocido en la belleza de Julia, nuevo motivo de adoración para mi alma. Si hasta entonces me había parecido una predestinación el conocerla y amarla una felicidad, poseerla me parecía un favor providencial que Dios me concedía. No sólo me consideraba dichoso sino que estaba satisfecho y envanecido de mi elección. Y así como Lamartine, poseído de los recuerdos de la infancia, de la pasión por la casa, de la adoración santa de su madre, dice con toda la espontaneidad, la sencillez y la delicadeza de sentimiento de que él solo es capaz, que si Dios volviera a crearlo cien veces y le consultara otras tantas antes de nacer, elegiría para tornar al mundo la misma familia, la misma madre y el mismo rincón de la casa que cobijó su cuna: así yo, si Dios me hubiera colocado cien veces bajo las mismas circunstancias, habría concebido otras tantas a esa misma mujer como el ideal de mi destino, hubiera recorrido para hallarla el mundo entero y habría entrado a pedir para esposa, bajo el techo que habitaba, a la huérfana, humilde e inocente Julia.

¿Pero mi pasión era correspondida? ¿Era amado de la misma manera que amaba? ¿Estaba seguro de ello? Muchas veces, cuando Julia ejecutaba en el hermoso piano de la señora de S... una pieza de ópera aprendida en el colegio, quedábame contemplándola con un aire de aprisionada tristeza, la cabeza hacia atrás, el brazo sobre el piano y la sien sobre la derecha como adormecido por la armonía. Cuando menos pensaba, me encontraba sorprendido por ella en esta actitud. Entonces a sus labios dejaba asomar una sonrisa, que

no sé si nacía del gozo de la belleza que se complace en que la admiren, de la alegría espontánea que debe producir la conciencia de que se posee en sí mismo la felicidad de otro ser. Dirigíala yo en ese instante algunas palabras a media voz que ella contestaba de la misma manera, y terminaba nuestro diálogo hasta la noche siguiente.

Mi prometida y su prima eran excesivamente aficionadas a las flores. Existía en su traspatio un pequeño jardín que cultivaban ambas y esta circunstancia hacía que jamás faltaran flores en sus hermosas trenzas. Julia había establecido la costumbre de obsequiarme todas las tardes una flor, regularmente una violeta, arrancada por ella misma de su tallo y conservada en su pecho o en su mano hasta el momento en que pasaba a la mía. Habíamos llegado a convenir por medio de inocentes burlas en que, si esa flor había pasado por otra mano o se encontraba ajada antes de que yo la recibiera, Julia no se había acordado mucho de mí durante el día. Cuando sucedía esto, fingía yo un pueril resentimiento contra el cual protestaba ella en un tono de sencillez encantadora, y al fin la violeta, fresca o ajada, venía a posarse sobre mi corazón en la cartera de mi levita. Al desnudarme en mi cuarto, llevábala un instante a mis labios y casi siempre la colocaba como señal, en uno de mis libros favorito, sobre la página en que el sueño venía a sorprenderme. Yo no puedo abrir hoy mis libros sin encontrar a cada paso, marchitas por el tiempo, esas flores cuya vista me trae el recuerdo de mi felicidad, ¡pero cuyo perfume ha desaparecido como ella!

Esa sonrisa y esa flor cotidianas eran todas las pruebas constantes de cariño que recibía de Julia.

Pero los días corrían.

Una tarde me hallaba en la alameda en compañía de algunos amigos. De repente distinguimos en ella a las señoritas R... custodiadas por doña Clara. No era esta la primera vez que se hacían estos paseos. Al divisar a la señora de S..., uno de mis camaradas soltó una frase que, mal comprendida, podía afectar a Pepa y a Julia. Este incidente me hizo reflexionar y resolví insinuar ese mismo día mi opinión sobre la franqueza que se dispensaba a aquella.

En efecto, pocas horas después me encontré solo con Pepa y don Antonio, y traté de hacerme comprender en los términos más moderados.

Ambos convinieron en lo justo de mis observaciones.

A la tarde siguiente fui a la alameda, según mi costumbre.

Pepa y Julia, acompañadas de doña Clara, se encontraban en ella.

Reconvenidas por mí, me contestaron exponiéndome mil detalles sobre el apasionado cariño que doña Clara les profesaba, cariño que ellas correspondían sinceramente y que no se sentían con valor para retribuir con actos de desaire.

Comprendí que la señora de S... había logrado captarse la voluntad de las señoritas R... y que las tenía fascinadas. El temor de suscitar un desacuerdo, que podía tocar en un límite enojoso, me ató los labios y determiné callarme hasta que, en vez de demandar, pudiera exigir.

Los paseos a la alameda redoblaron su frecuencia.

Algo más me estaba reservado.

Era un domingo, para cuya noche anunciaban en el teatro principal *Pablo el marino*, ejecutado por O'Loghlin. Las señoritas R... manifestaron, por casualidad delante de mí, el deseo de asistir a la representación. Corrí a la cajería del teatro y pedí un palco de primer orden. Todos habían sido vendidos. Pedí uno de segundo y tampoco lo había. Tomé el que mejor se me presentó en tercera fila, volví a casa de mis dos amigas y puse en sus manos el billete.

Por la noche entré al teatro algo tarde, y mi primer cuidado fue alzar la vista al palco en que debía hallarse mi prometida. Las señoritas R... no estaban en él. Esperé en vano toda la noche, y al fin pensé que se les habría presentado algún obstáculo.

Cuando a la noche siguiente llegué más temprano que de costumbre a casa de don Antonio, se encontraba allí doña Clara y la tertulia instalada ya.

Hablé naturalmente del teatro. Me disponía a preguntar cuál era el motivo que había privado a Julia y Pepa de asistir a él la noche anterior, cuando promoviendo la señora de S... la cuestión de localidades dijo, entre otras muchas cosas, que ella sólo acostumbraba asistir a palcos de primera fila; que en cuanto a los de segunda, son muy embarazosos por las dificultades que hay para bajar, terminada la función, y que en cuanto a los de tercera, eran detestables no tanto por esas dificultades, cuanto porque sólo son ocupados por familias desconocidas, que no acostumbran frecuentar el teatro y que pertenecen a la clase oscura de la sociedad.

Comprendí inmediatamente todo lo que había pasado. Pepa y Julia se miraron a un mismo tiempo, yo me sentí enrojecer y todos permanecimos un instante en silencio.

¡Ah! Entonces concebí con amargura, que el orgullo de frívolas vanidades y las preocupaciones necias que esclavizaban el alma de doña Clara habían contaminado los espíritus sencillos de Pepa y de Julia, cuya misma sencillez era causa para que llevaran esas preocupaciones hasta una falsa exageración, funesta para el porvenir.

¿Julia o su prima había revelado a la señora de S... el origen del billete? Si esta no lo sabía, debía presumirlo. Como quiera que fuese, un ataque tan brusco me demostró que no era ella el más firme apoyo que yo tenía en la casa, y me hizo reflexionar que si la casualidad presentaba la ocasión, su influencia podría perderme. Necesitaba proceder en lo sucesivo con mucha delicadeza y me propuse hacerlo así, bien deseoso de que llegara

el momento en que pudiera libertar a Julia de la amistad de una mujer de mundo. Pedir una explicación habría sido provocar un conflicto que yo quería evitar.

Quince días habrían corrido cuando doña Clara, como dándome una lección, invitó a sus amigas para ir al teatro una noche. Era una función de *beneficio*. Con ese objeto acababa de admitir un Palco de primera fila que le había remitido el actor beneficiado. La gente de bastidores divisa desde lejos esta clase de seres y explota su vanidad.

Por mi parte era imposible dejar de concurrir. A las siete y media de la noche pasaba por bajo el pórtico iluminado de nuestro coliseo, y un momento después distinguía a las señoritas R... que hermosas y radiantes se ostentaban en los asientos delanteros del palco, mientras que doña Clara y don Ruperto ocupaban los contiguos, y don Antonio reposaba en el fondo.

La representación había comenzado. La perspectiva estaba llena de bellezas, de animación y de luz. Tú no ignoras la excitación que produce en nuestro teatro la presencia de una familia poco conocida, particularmente si se contemplan dos hermosas jóvenes de simpático aspecto, de elegantes vestidos, frescas y lozanas como se ostentaban esa noche, en todo el esplendor de su belleza, Pepa y Julia. Fácil era conocer que las señoritas R... habían despertado esa excitación.

Terminado el primer acto, Julia me hizo una seña para que fuera a hablarla, y la señora de S... agregó una insinuación con la cabeza. ¿Cómo resistir? Me encaminé al palco y después de ser recibido por la primera con una sonrisa encantadora, acompañada de una reconvención de etiqueta por la segunda, tomé en el palco un asiento desde donde pudiera contemplar de frente a mi prometida. Todos los gemelos iban dirigiéndose, unos después de otros, hacia las señoritas R..., y de la platea brotaban miradas de indagación y de curiosidad.

Julia, a su vez, recorría toda la perspectiva con un hermoso antejo llevado delicadamente por una sola mano, mientras que la otra descendía, como abandonada a sí misma, sobre el antepecho del palco, ceñida por un guante cuya finura dejaba traslucir las formas llenas y torneadas que oprimía.

Antes de que volviera a alzarse el telón, noté que en un palco de la misma fila y no a mucha distancia de nosotros, se encontraban algunos jóvenes distinguidos, cuyas miradas tenían preocupada a Julia.

Había terminado el segundo acto y me había retirado al fondo, donde conversaba con doña Clara sobre la ejecución de la obra, cuando oí que Julia nos preguntaba, como impedida por la impaciencia, quién era un joven que se hallaba entre los que acabo de indicar y que ella nos señalaba con la vista.

-Es Alberto X... dijo la señora de S..., después de arrojar sobre él una mirada.

Yo saqué la cabeza y reconocí en efecto a Alberto con quien, lo diré desde ahora, no me unía ninguna relación.

-¿El joven de quien me ha hablado usted otras veces? Interrogó Pepa.

-El mismo, es uno de los más ricos, alegres y hermosos muchachos de Lima. Se viste siempre tan elegantemente como usted lo ve, y posee uno de los mejores caballos que se conocen. Tiene un carácter amable, divertido y bullicioso. ¿No es verdad, señor don Andrés?

A mí me constaba por noticias todo lo que acababa de decir doña Clara.

Es verdad, señora, contesté. Parece un joven que comprende la vida, pues que goza de ella.

Antes era muy amigo mío y de Ruperto. Se ha retirado de casa sin motivo ninguno: tal vez no sabe dónde vivo ahora. Hemos pasado con él días muy alegres y entretenidos.

En este instante Alberto volvió la cara hacia la señora de S..., que decía todo esto con la vista fija en él y le hizo un atento saludo, acompañado de cierta intención que podía traducirse en estos términos:

-¿Por qué no me ha dicho usted que tenía tan hermosas amigas?

-¡Qué pícaro! Murmuró doña Clara.

-Tiene una fisonomía muy impávida, dijo Pepa.

Pero es muy buen mozo, agregó Julia como si acabara de corroborar una opinión.

Hasta allí todo había sido producido por la casualidad. Es necesario, sin embargo, ser un niño para no ponerse en observación después de oír semejantes palabras a la mujer que se ama.

Observé pues, y durante la ejecución percibí que las miradas de Julia y Alberto X... se encontraron tres o cuatro veces. Yo mismo no podía decirme si por efecto de la intención o del acaso.

La función iba a terminar. Se representaba esa noche *La carcajada*, y habíamos llegado al último acto. No sé si recordarás el cuadro final de ese drama a la verdad uno de los cuadros más sentimentales que se han escrito jamás.

La familia, el médico y sus mejores amigos rodean al joven loco, que ve pasar en ese instante el aparato fúnebre de un entierro. Necesita una gran impresión para sanar y se le dice que ese entierro es el de su madre. La desesperación más espantosa se apodera de su alma. Grita, se lanza contra la reja que le guarda, forcejea, sacude cuanto encuentra y

desgarrando el corazón de todos los que le aman, va a arrojar en ese momento terrible, y hasta se ve asomar a sus labios, la fatal carcajada. Pero no es así. El enfermo prorrumpe de repente en un sollozo comprimido al principio, sordo después, más adelante prolongado y termina por un desborde de lágrimas infinito, espontáneo y dolorido como el llanto de un niño. La madre y la joven amada le abren los brazos, el loco los reconoce y recobra la razón, cayendo en su seno al grito consolador de «¡madre mía! ¡madre mía!»

En cualquiera parte donde se represente ese drama hará sentir, estremecerse y llorar. Esa noche la figura de O'Loghlin había dominado al público, y el silencio, prueba evidente de que se ha llegado a conmover a los espectadores, reinaba en todos los ámbitos del teatro. Por lo que a mí me toca, me había enternecido profunda y dolorosamente.

Quise notar el efecto que, esta escena producía en Julia y volví los ojos hacia ella.

Su mirada se hallaba fija en la del joven X... y la del joven X... en la suya, en tales términos preocupados ambos, que no se apercibieron de la mía...

Al salir del teatro tomé del brazo a Julia.

¿Qué era lo que pasaba por mí?

A pesar de que mil veces traté de explicarme esa mirada por la casualidad, sentía en el fondo del alma una amarga inquietud.

Mi corazón estaba lleno de emociones desconocidas.

## VI

No dije una sola palabra a Julia sobre lo que acababa de pasar.

No habían transcurrido sin embargo veinticuatro horas, cuando dos o tres demostraciones de cariño me habían curado de estos celos momentáneos.

Hacía tres días de la escena que acabo de referir y me hallaba completamente tranquilo, cuando al entrar por la noche en casa de las señoritas R... encontré, en ella a Alberto X... que acababa de ser presentado por doña Clara.

El recuerdo de la mirada que había sorprendido atravesó por mi mente y las mismas emociones volvieron a agitar mi espíritu.

X... pertenecía a lo que puede denominarse entre nosotros la aristocracia de la juventud.

Estaba dotado de una presencia fina y arrogante, aunque algo altanera y orgullosa. Hijo de una notable familia del país y constante esclavo de la moda, era admitido en todas las

casas de alto rango por su riqueza o su posición social. Se le miraba como una persona de buen tono y se lo distinguía en todas partes. Si se promovía una suscripción para un baile o un paseo, su nombre era uno de los que encabezaba la lista; y cuando se hallaba en un sarao de aristocracia, era uno de los que primero figuraban en la relación de los jóvenes notables que habían asistido a él. En el teatro se le veía siempre en palcos de primer orden; en la alameda en arrogantes caballos, y más de una vez había oído hablar de los convites que sabía ofrecer a sus amigos.

No podía decirse que derrochaba el dinero, pero gastaba con profusión. Cajero de una de las principales casas de comercio del país, gozaba de crédito, sino como un gran capitalista, al menos como una persona acomodada a quien jamás faltaran fondos disponibles. La vida que llevaba exigía sin embargo una renta mayor que la señalada a su destino, pero como esto acontece a cada paso en Lima, era necesario tener algún motivo especial para fijarse en ello.

Alguna que otra vez se escuchaba referir que Alberto había perdido al juego un número mayor o menor de onzas, siempre considerable.

Si entrabas donde un sastre, la mejor prueba que podía darte de la elegancia del vestido que procuraba hacerte llevar, era decirte que el señor X... había tomado uno igual. Si ibas donde un joyero, Alberto X... había examinado y tasado una alhaja, y esto era suficiente para que la llevaras al precio que le había señalado. Poco más o menos pasaba en los principales almacenes de comercio.

Adonde quiera que el elegante X... había visitado con frecuencia, allí se le había señalado por novia a una de las señoritas de la casa. La verdad era que aunque las cosas no habían llegado jamás a tal formalidad, existían fuertes amores correspondidos por parte de las muchachas que, en Lima como en todas partes, se sienten arrebatadas por esta clase de hombres, rodeados de esplendor y de ruido.

Para concluir de tipografiar a Alberto, debo añadir que su afición a la música había hecho que en época no muy lejana se apasionase de una cantatriz, y que en los anales de nuestro proscenio se recordara, unida a su nombre, la historia de una marcada conquista, digna del más esclarecido calavera. Para decirlo en dos palabras, Alberto X... era uno de los que pueden llamarse los *leones* de Lima.

No he llegado a saber hasta ahora si X..., conocía mi pasión por Julia, y la promesa solemne que la unía a mí. Lo positivo es que siguió visitando su casa con una frecuencia cada vez mayor. Fácil me fue comprender que había un plan de conquista premeditado por Alberto, apoyado por la simpatía de Julia y protegido por la señora de S...

Procuré manifestar la más profunda indiferencia para con el primero, el mismo afecto para con Julia y cierto desdén hacia la última.

Dos meses me habían bastado a mí para adquirir en la casa toda la confianza que tenía. Al joven X..., favorecido por su carácter y por la decidida protección de doña Clara, le fue

suficiente menos tiempo para hacerse tertulio diario y obtener la misma confianza y aun permitirse algunas libertades que yo no me había tomado jamás.

Poco a poco creí percibir que Julia huía de todo diálogo conmigo. ¿Qué quería decir esto? Yo no lo comprendía, o mejor dicho, no quería comprenderlo. Tomé la firme resolución de no dirigirle una sola queja y llegué hasta aparentar indiferencia por ella. Los celos comenzaron a devorarme, mis días eran inquietos y desesperadas mis noches. Faltaban sólo dos meses para que se cumplieran los seis de plazo convenido, pero mis cálculos no me permitían anticipar el día de mi enlace. ¿Ni para qué, hacerlo, cuando cada día iba comprendiendo más que Julia trataba de alejarse de mí? Ya no era yo sólo el que recibía una violeta todas las tardes. Era también Alberto, o mejor dicho, era él únicamente, porque para mí esa costumbre quedaba reducida a una mera fórmula. No pude descubrir otro signo de inteligencia entre ambos; pero algo desconocido que pasaba a mi alrededor me daba la conciencia de que la distancia entre Julia y yo se aumentaba más cada día.

Al entrar una vez en casa de don Antonio, encontré a las dos niñas y a la señora de S... empeñadas en una amistosa disputa, suscitada en una de esas agradables o íntimas conversaciones que las familias tienen alrededor de las labores de costura. Tratábase de una cuestión muy común en nuestras familias, cuando hay en ellas muchachas casaderas, y tema de encontradas opiniones entre estas y las señoras de cierta edad. Al presentarme, todas las miradas se dirigieron hacia mí, se me hicieron muchas preguntas a la vez, y se me propuso que decidiera yo la cuestión en calidad de árbitro.

Convine en ello, no con mucho placer de doña Clara que calculaba mi fallo de antemano.

-¿Quiénes son las contendientes? Pregunté.

-Pepa y yo, contestó la señora de S...

-¿Qué dice usted, Pepa?

-Que es preferible casarse con un joven pobre a quien se ama, que con un viejo rico a quien sólo se estima.

-¿Y usted, doña Clara?

-Mi opinión es, que una mujer debe preferir asegurar su porvenir para siempre a gozar unos pocos días de felicidad que se acaban al fin sin dejar otra huella que el fastidio y las tribulaciones.

-La mía es, señora, dije yo, que viejo, joven u hombre de edad, la mujer debe unir su destino al hombre a quien ama, porque un matrimonio sin amor es tan desgraciado como un matrimonio desnudo y sin pan. La voluntad del hombre y el trabajo pueden sin embargo quebrantar la pobreza, pero el amor no nace, sino de la espontaneidad del alma y de los arcanos de Dios. He ahí la diferencia que existe.

-El hombre que se casa pobre, agobiado siempre por necesidades inmediatas, rara vez llega a alcanzar una fortuna; y si sobrevienen los hijos y aumentan las dificultades, se vive en la miseria que mata el amor y se les lega la miseria.

-El verdadero amor, replicó Pepa, lo sufre y lo soporta todo. Para dos almas que se aman, hay una inmensa satisfacción en compartir las tribulaciones de la pobreza. Aunque la vida esté llena de incomodidades materiales, debe llegar todos los días una hora, una sola hora de amor y soledad, que todas las riquezas de la tierra no alcanzan a comprar, en que se olvidan las amarguras y en que se recobran las fuerzas para soportar las que vienen. Cuando se sufre no sólo con un esposo, sino con un hijo debe encontrarse mayor satisfacción, porque la resignación de una madre se asemeja siempre a la santidad. Por lo demás, ¿qué importa que los hijos se críen en la escasez o en la opulencia, si la enseñanza del ejemplo y la ternura de la madre pueden formar su alma para la virtud y su corazón para el bien? El hombre que se cría en la pobreza se halla menos expuesto a los peligros de la vida que el que nace en la riqueza. ¿Tiene una sola hora de felicidad verdadera la mujer que se casa con un viejo rico que no ama, aunque estime, y que le repugna tal vez? El placer de contemplar a los hijos dormidos en una rica cuna, arrullados por una nodriza, cubiertos por delicados encajes de hilo, ¿compensa acaso el de los instantes de intimidad, de secretas confidencias, de absorción mutua y de mutuo consuelo que todos los días encuentran dos esposos, abatidos por la pobreza, pero recíproca y ardientemente amados?

-La sociedad está de tal modo organizada, agregué yo, que la diferencia de fortuna aleja unas clases de otras. El límite que las separa hace que los que un día se conocen, aman y se casan pertenezcan regularmente a una misma clase y se encuentren, poco más o menos, en igual situación de fortuna. De esta manera la esposa y la madre nada tienen que extrañar del hogar paterno en casa del marido. Si la falta de fortuna existe por parte de ambos, las dulzuras del amor pueden compensar las penalidades de la pobreza. Pero si, aunque sean jóvenes ambos y ambos ricos, no media una afición verdadera y profunda, su matrimonio será un matrimonio desgraciado.

Doña Clara balbuceó algunas palabras insistiendo.

-Lo mejor es, dijo Julia, sin dejarla concluir y como terminando la cuestión, casarse con un joven rico, buen mozo y a quien se ama.

No sé de dónde adquiriré valor para contestarle inmediatamente y con el mayor desembarazo:

-Quiere decir que se alegraría usted infinito de que, ya que para usted es imposible, Pepa amase al señor X... y se casase con él.

-¡Por supuesto! Repuso sorprendida y a media voz. Con el rostro encendido como grana, bajó la cabeza para ocultar la turbación que le habían producido lo inesperado de mis palabras y el tono reticente con que las había marcado.

Pepa, que comprendió todo mi pensamiento, me lanzó una mirada de reojo, es decir, un *torcido* y doña Clara palideció.

Para concebir tal acción de mi parte es necesario pensar en el despecho de que estaba poseído.

El buen viejo de don Antonio, que llegaba en esos momentos de la calle, vino a darme la mano y me anunció lleno de gozo que cuatro días después era el cumpleaños de su sobrina Julia. Se proponía celebrar su natalicio con un convite y una tertulia de amigos. Su intención habría quedado satisfecha con lo primero, pero las niñas se habían empeñado en lo segundo. Señalándome los vestidos que Pepa y su prima cosían en mi presencia, me dijo que se hacían con tal objeto, y me agregó, sonriendo, que acababa de comprar un hermoso piano, el más semejante que había podido encontrar al de la señora S...

Agradecí sinceramente tal prevención, pues merced a ella, pude advertir que era de mi deber obsequiar algo a mi prometida en ese día. Pensé en los objetos más propios y compré al efecto una hermosa caja de sándalo prodigiosamente tallada y surtida de grandes pomos de exquisita verbena. Tomé el más precioso álbum que pude hallar y mandé hacer un magnífico ramo de flores escogidas.

Esta trinidad de obsequios fue enviada a casa de las señoritas R... al medio día del señalado, y yo me encaminé a ella a la hora de comer.

Alberto X... estaba allí.

Julia, vestida de blanco y coronada con todos los rayos de su hermosura, se sentó a la mesa entre él y yo. Mi gigante ramo ocupaba el centro, llenando el espacio con su figura y sus perfumes. Me hallaba bajo las más agradables impresiones, cuando noté que en el brazo de Julia se ostentaba una magnífica pulsera de brillantes que yo no lo había visto nunca. Un momento después distinguí en su pecho un hermoso prendedor, en cuyo centro reverberaba una esmeralda. En medio de la alegría y de la expansión producidas por el licor, pregunté a Pepa en un tono de burla y de inocente curiosidad quién había regalado esas joyas a Julia.

Mi sospecha se convirtió en certidumbre.

Era Alberto X...

Tú sabes lo que significa en nuestra sociedad que una hija de familia acepte alhajas de un joven, y basta eso para que concibas la amargura de las reflexiones que se me agolparon a mi mente, me sorprendió de pronto que don Antonio hubiese consentido en la aceptación de ese regalo, pero su falta de discernimiento se parecía a la decrepitud y me lo expliqué fácilmente. Lo que más me afligía era que semejantes actos manifestaban que la influencia de doña Clara había hecho nacer en Julia la ambición de ciertas vanidades mezquinas, ambición desarrollada ya al extremo de falsear su pudor natural. Pensé,

estremeciéndome, hasta qué punto podía conducir a Julia esa ambición y esa falta de delicadeza.

Terminada la comida salí, sofocado por el calor y por la agitación en que me hallaba, a respirar el aire de la calle.

Cuando volví, las parejas de baile revoloteaban en las dos salas de la casa. No era ya el cojo coronel T... la persona más caracterizada de los concurrentes, como sucedía la noche en que fui presentado en la casa. En medio de un círculo mucho más selecto, podían distinguirse diversos amigos de Alberto X... y una o dos familias notables que habían adquirido conocimiento con las señoritas R... por medio del mismo Alberto. Todo estaba perfectamente dispuesto aquella noche; y al ver el orden que reinaba, hubiérase dicho que se comprendía ya el buen tono en casa de don Antonio.

Habíamos bailado sucesivamente Alberto y yo algunas polkas y mazurcas con Julia, cuando la casualidad hizo que nos encontráramos *vis-a-vis* en una cuadrilla, teniéndola él por pareja y yo a una muchacha cuyo nombre no recuerdo. Al hacer una figura, y en el momento en que Julia pasaba junto a mí, yo no sé si por efecto de despecho o por un arrebato instintivo de ternura, cometí la imprudencia de oprimirle la mano con cierta intención. Julia la separó bruscamente de la mía y arrojó un grito. Los que tomaban parte en la cuadrilla, volvieron la cara sorprendidos, y los que daban vueltas alrededor se acercaron a indagar lo que sucedía. Alberto palideció de cólera; y terminada la figura me fijó de frente la mirada, mientras que las palabras a media voz y las sonrisas maliciosas se sucedían alrededor nuestro. Por lo que a mí toca, procuré no manifestar alteración alguna y a mi vez quedeme contemplando a Alberto como desafiando su cólera.

El grito de Julia me había producido sin embargo una impresión muy diversa y verdaderamente profunda. Herido en lo más hondo del amor propio, apenas concluyó la cuadrilla, busqué un sillón aislado y me dejé caer en él, dolorosamente abatido como un hombre que se desalienta, se resigna y se deja vencer por el destino. En medio del torbellino de hermosas parejas, de flores, de luces, de vida y de felicidad que se agitaba a mi alrededor, yo sólo era desgraciado; y el recuerdo de las primeras miradas que Julia y Alberto habían cruzado ante mí de la repentina presentación de este, de la protección decidida de la señora de S..., de sus confidencias íntimas con Julia, del estudiado alejamiento de esta para conmigo, de la violeta duplicada todas las tardes, de las alhajas que había aceptado y del grito que acababa de oír, exponiéndome a la burla de todos me hizo concebir que debía renunciar para siempre a la mujer que amaba. A esta idea, sentí materialmente que todo mi ser vaciló sobre sí mismo, me pareció caer y me creí por un instante rodando en el vacío, como si faltara a mi conciencia un centro de gravedad. No sé cuánto tiempo permanecí sumergido en este estado de desoladora tristeza.

Sólo recuerdo que cuando alcé la vista, encontré a mi lado a Pepa que, llena de ternura, me dirigió algunas palabras ambiguas sobre lo que acababa de pasar; y me invitó a bailar con ella a fin de distraerme. Se tocaba un vals. La tomé precipitadamente, y como si hubiese querido olvidar en el vértigo de la agitación las emociones que me ahogaban, la

arrastré con toda la velocidad de la carrera. Por una casualidad tropecé con la señora de S... y le rompí el vestido. Mi primer movimiento fue acercarme a darle una excusa.

-Poco importa, decía en los momentos en que yo llegué a los que la atendían alrededor. Es un traje que sólo me cuesta ocho onzas.

-Está usted muy desgraciado esta noche, agregó, con una mirada maligna, dirigiéndose a mí.

-Mi mayor desgracia, la dije, ha sido, señora, encontrar a usted en mi camino.

Pocos momentos después me despedí de Pepa, tomé mi sombrero y salí. Al atravesar la puerta de la calle, sentí sublevarse en mí todo el orgullo de que soy capaz. Por un movimiento espontáneo, confuso e indescifrable de mi naturaleza, y poseído de no sé qué sentimiento de despecho contra Albert, contra Julia, contra doña Clara, contra toda esa reunión que dejaba, volví instintivamente la cara para contemplarla de lejos, indignado, como el hombre que busca la palabra más ofensiva con que insultar a otro.

Pepa se hallaba recostada en la baranda del corredor, y parecía verme alejar con cierta tristeza.

¡Dios te preserve, amigo mío, de una noche como aquella!

Tomé la resolución de separarme de casa de don Antonio, y me propuse hacerlo disminuyendo poco a poco la frecuencia de mis visitas.

En virtud de mi propósito, dejé transcurrir cinco días sin que la familia R... supiera de mí. En vano esperé durante todo este tiempo un recado de satisfacción de parte de Julia.

A la sexta tarde me dirigí por fin a su casa, guiado, no ya por el deseo, sino por la necesidad de contemplarla.

Antes de abrir la mampara de la sala, percibí en el interior como el ruido del traje de una mujer que se levanta y huye precipitadamente. Cuando hube penetrado percibí a Julia sentada en el extremo de un sofá, mientras que Alberto ocupaba el otro, en una postura claramente estudiada. Se hallaban solos. Sería visión de los celos, pero yo creí observar que los labios de Julia estaban más encendidos que de costumbre, y que su mano conservaba la huella de otra que la había oprimido.

Me senté un instante aparentando la mayor serenidad. Pregunté por la salud de Pepa y don Antonio y me salí.

La cólera me hizo concebir el proyecto de provocar a un duelo a Alberto, y a la mañana siguiente llegué con este pensamiento hasta la puerta de su casa. Reflexioné felizmente que iba a dar un escándalo sin otro resultado que la deshonra para Julia, al mismo tiempo que el ridículo para mí, y desistí de ello, muy a pesar mío.

El incidente que acabo de relatar me acortaba el camino para llevar a cabo mi separación de casa de las señoritas R... Quedó, pues, completamente decidido para mí que no volvería a poner los pies en ella.

Algunos días después, Alberto obsequió a la familia R... con un ruidoso paseo al Cercado, al cual invitó a algunas familias de alto tono. Este paseo fue retornado por don Antonio con otro a Amancaes. Se me invitó a ambos por medio de un recado muy atento. Vi en esa invitación una fórmula y, como correspondía a mi propósito, me negué a asistir.

En estos días de alejamiento, llegó hasta mí una queja, muy extraña, contra las señoritas R... Tenía su origen en que, hacía algún tiempo, habían retirado su franqueza, y, casi hasta su amistad a las familias pobres o humildes del barrio y sólo las conservaban con las notables, manifestando cuando se encontraban con aquellas, una reserva estudiada que se<sup>(1)</sup> parecía al orgullo.

Me encontraba un día en mi estudio, cuando vi entrar en él al señor R... Después de saludarme fríamente, me manifestó el deseo de hablar conmigo en conferencia privada e inmediata. Venía a exigirme explicaciones sobre mi conducta.

Tuve con él una larga conferencia en que le referí todo lo que había pasado y le manifesté el estado de mis relaciones con su sobrina. El pobre viejo se quedó estupefacto cuando le declaré que Alberto X... estaba apasionado tenía pretensiones sobre Julia. Abriga la persuasión, de que X... estaba apasionado de Pepa y, dándome una prueba de inmensa franqueza, me reveló que esta idea le había dado la esperanza de ver casadas, dentro de muy pronto, a sus dos hijas. Con esta esperanza había halagado a Alberto y brindádole algunas demostraciones de sincera estimación. Convenimos en que ese mismo día esclarecería la verdad de las cosas, y sabiendo a qué atenerse, adoptaría un partido definitivo.

A la mañana siguiente recibí un billete en que me anunciaba que las impresiones de la víspera lo habían enfermado. En la necesidad de permanecer en cama, me suplicaba fuese a verlo.

Por la tarde entré hasta su dormitorio. En vano recorrí con la mirada el interior de la casa para divisar a Julia. ¡Ah! ¿Por qué no me esperaba como antes reclinada sobre la reja del corredor?

Don Antonio y Pepa me revelaron sucesivamente, o mejor dicho, a un mismo tiempo, que cuanto yo había asegurado al primero era corroborado por Julia. Ésta explicaba la retractación que desde luego hacía de su palabra empeñada, diciendo si bien abrigaba profundas simpatías y una verdadera estimación por mí, había reflexionado, después de conocer a Alberto, que sería más feliz casándose con él. Había declarado en consecuencia de la manera más formal que de cualquier modo, se uniría a X...

La casualidad hizo que éste llegara en los momentos en que don Antonio interpelaba a su sobrina. Con conocimiento de lo que acontecía, Alberto había demandado a don Antonio

la mano de Julia, quien se había portado en estas escenas con cierta altivez, hija sin duda del orgullo inexperto que le daban la juventud, la conciencia de su belleza y las inspiraciones de doña Clara.

Pepa y su padre me agregaron que, hacía algún tiempo, los sentimientos y el carácter de Julia habían sufrido una transformación completa. Notábase en ella el deseo de hacer ruido con su hermosura y de fijar la atención de la sociedad por el lujo de sus vestidos. Atribuían ambos esto a la influencia de doña Clara, cuya unión íntima había llegado a alarmarlos. Era esta quien había servido de intermediaria entre Julia y Alberto para conducir las cosas hasta el estado en que se encontraban. Nacía de aquí que don Antonio no se hubiera apercebido de lo que pasaba a su alrededor y que hubiera sido burlado por X...

Las indagaciones y el interrogatorio de la víspera habían hecho que Julia se encerrara en su cuarto, de donde no había salido durante todo el día, comunicándose sólo con los sirvientes de la casa. Los duros reproches de su tío y de su prima por lo informal e indigno de su conducta, la habían avergonzado. El carácter de Alberto, y ciertos informes sobre su posición no inspiraban a don Antonio ni a Pepa una absoluta confianza en el porvenir. Ambos le habían pronosticado futuras penalidades y tribulaciones domésticas. Por último, en vista del empeñamiento con que Julia insistía en su propósito, le habían declarado, en términos irrevocables, que su enlace con X... no merecería jamás su aprobación.

Yo escuché todo esto aparentando la mayor sangre fría; y de esta sucesión de revelaciones, concluí para mí mismo, que el anhelo de verse introducida en la clase distinguida y elevada de la sociedad adonde su matrimonio con Alberto la llevaría sin duda, y una vez en ella, de figurar, como modelo de elegancia y de buen tono, o, más claro, el deseo de ostentar hábitos falsos y estudiados, aparentando una fortuna que no se posee, había viciado el bueno y puro corazón de Julia; que la avaricia de comodidades materiales que, hace algún tiempo, devora a nuestras familias, tenía en ella una víctima más; y que el lujo, esa túnica de seda ornada de flores y de joyas que cubre en Lima la más lastimosa realidad, había deslumbrado su juventud. Deduje finalmente que si se retractaba, que si me desdeñaba de esa manera, y si hasta cierto punto, me rechazaba como indigno de sí era porque, no siendo rico, no podía saciar su ambición, porque, no siendo necio, no podía darle el triste rango a que aspiraba; y porque, no siendo noble ni rico no podía señalarle un puesto en nuestra rica aristocracia.

Al despedirme y estrechar la mano de Pepa, sin saber el día en que volveríamos a vernos, divisé una lágrima que vacilaba en sus ojos.

Cuando gané la puerta de la calle, corrí como un insensato. Llegué a casa, y con la voz ahogada por las lágrimas lo declaré todo a mi madre, que me estrechó en sus brazos, me consoló y me llenó de resignación.

Convenimos en que partiría en el primer vapor que zarparía del Callao. Tú recordarás que, en efecto, hice un viaje a Chile. Me siento humillado cuando pienso en los diversos

comentarios que en Lima, sociedad ávida de estos acontecimientos, se hicieron de los que acabo de referir.

Todo había acabado entre Julia y yo.

Cuando regresé, hacía cinco meses que la sobrina de don Antonio era la señora Julia R... de X...

## VII

Julia había realizado todas sus esperanzas, y alcanzado cuanto soñara su caprichosa fantasía. Habitaba una hermosa casa, vivía rodeada de suntuosos muebles, de deslumbrantes espejos, de magníficas cortinas de damasco, de aterciopeladas alfombras de tripe y gozaba de todas las comodidades que en Lima pueden proporcionarse para la vida. Joven, hermosa y casada con un muchacho rico, su amor propio debía estar completamente satisfecho. Era una notabilidad de elegancia y de belleza. Alberto la había relacionado con la aristocracia y, enrolada en ella, frecuentaba todos sus círculos. No se daba una tertulia de buen tono sin que se la invitara, y su persona era en todas ellas una cosa notable. Alguna que otra vez se presentaba en el teatro en compañía de algunas familias distinguidas, o se la veía en la alameda ocupando un asiento en el carruaje de otras. Sólo cuando se daban óperas o conciertos, la afición a la música la atraía constantemente al teatro. Entonces era ella quien conducía a su palco a diversas de aquellas amigas.

Como tú sabes, estas son las únicas distinciones que nuestros hábitos y nuestro estado social permiten a la aristocracia. Un momento después, las familias que han formado parte de la concurrencia en el teatro o en la alameda, se hallan en una íntima conversación sobre las impresiones que acaban de recibir, y al día siguiente se encuentra instalado en un hotel un grupo de elegantes jóvenes. En el diálogo de estos y de aquéllas, se escuchaban estas palabras:

-¡Qué elegante estaba anoche en el teatro Edelmira M...!

-¡Qué vestido tan rico el de Sofía E...!

Estas palabras compendian la pobre gloria a que aspiran nuestras inocentes hijas de familia. He allí la celebridad a que había aspirado y que había alcanzado Julia.

Sabía yo todo esto por mis amigos, pues, en cuanto a mí, llevaba una vida de aislamiento, huía de toda ocasión en que pudiera encontrar a la señora de X... y aun me había impuesto la prohibición de pasar por la calle que habitaba.

A mi regreso fui visitado por don Antonio, y supe por mi madre que Pepa, con una solicitud de hermana, había mandado donde ella para saber de mí a la llegada de todos los vapores.

Me encontré, pues, en la necesidad de retornar un día la visita del señor R... y, por otra parte, quería manifestar a Pepa mi gratitud por el tierno cariño que la inspiraba. Un domingo cumplí con este deber.

Don Antonio habitaba una nueva casa. Al entrar fui sorprendido por el humilde aspecto de las habitaciones, y distinguí en la sala, notablemente deteriorados, los muebles de la antigua. Había en todo no sé qué cosa de desmantelado y descolorido.

La confianza de Pepa me reveló todo lo que había pasado durante mi ausencia, las circunstancias que habían acompañado al matrimonio de Julia y las que se habían seguido a su separación de la casa. A pesar de que todas las formalidades exteriores habían sido dignamente llenadas, don Antonio y su hija se habían conservado inflexibles en el enlace realizado. Alberto se había apercibido de esa oposición y, una vez separada Julia del lado de don Antonio, la había prohibido volver a la casa, o para expresarme con más precisión, volver a ver a su tío. Dominada Julia por el mismo sentimiento, había accedido a esta exigencia, y la cumplía con un rigor extraño. Este precepto por una parte, y las prevenciones que existían por la otra, habían originado la más estricta interdicción entre ambas familias. Sólo Pepa iba, uno que otro domingo o día de fiesta, no muy repetidos, a pasar algunas horas en casa de su prima.

La misma conducta, aunque más fundada, había observado el joven X... respecto de doña Clara. Había comprendido que, si en clase de soltero le era galantemente su amiga, una vez casado, no debía admitirla en su casa ni permitir que Julia conservase la amistad de una mujer que excitaba la murmuración y quizá la reprobación pública. La señora de S... ha sido desterrada de la casa de X... merced a uno o dos desaires bien estudiados.

Pero ¿de dónde provenía la desgraciada situación económica de don Antonio?

El pobre viejo me declaró, profundamente afectado, que había sufrido un gran quebranto en su fortuna y que no conservaba, deducido el valor de la finca propia, ni la cuarta parte de lo que antes poseía en capital disponible. Los desembolsos extraordinarios para sostener una decencia superior a sus fuerzas durante las visitas de Alberto y la amistad de doña Clara, los convites retornados, las *soirées* improvisadas, la compra de un piano que había pagado bien caro y los regalos para Julia el día de su boda, habían dado fuertes golpes a aquel capital consumido insensiblemente una suma notable. Por otra parte, le había parecido hasta cierto punto indigno dejar que su sobrina se uniera a un hombre de la posición de Alberto, que andando el tiempo, podía echarle en cara, y la desvalidez, en que la tomaba por esposa, sin que llevara a su enlace algunos bienes de fortuna. Con este pensamiento, y creyendo cumplir un deber de familia que reclamaba su conciencia, había entregado a X... al día siguiente al de su boda, una letra de cuatro mil pesos que constituía la dote de Julia. De esta manera veía el buen anciano reducido insensiblemente su capital

a la pequeña suma de dos mil pesos que, unidos a la finca, estaban afectos a la dote de Pepa.

La consiguiente disminución de su renta lo había hecho concebir que, tomando otra casa proporcionada a su pequeña familia, compuesta sólo de su persona y de su hija, podría arrendar la que ocupaba, y realizar de esta manera un ahorro. La idea fue inmediatamente puesta en ejecución, entrando como causa principal el pensamiento de alejar a Pepa de la peligrosa vecindad de doña Clara.

De este modo la señora de S... había quedado completamente aislada de las señoritas R... y sólo una que otra vez venía a visitar a Pepa. Reconocíase a pesar de todo que abrigaba para sus amigas un interés verdaderamente sincero. Por muy extraviado que se halle el corazón de esta clase de mujeres, jamás deja de ser accesible a ciertos sentimientos de ternura y no es extraño que conserven profundas y cordiales afecciones.

El sueldo de oficinista, unido a las entradas de que he hablado, proporcionaba a don Antonio una renta mensual que le era suficiente para vivir en una escasa medianía. Lo más digno de observarse y lo que por momentos entristecía a este inocente hombre, era que si él se había arriesgado a llevar cierta vida, a efectuar ciertos gastos y a satisfacer los caprichos de las muchachas y lo había hecho en la persuasión de que, comprometida su sobrina a casarse conmigo y enamorado Alberto de Pepa, iba muy pronto a realizar todas sus esperanzas, estableciéndolas al fin y quedando completamente libre. Calculaba dividir entonces su capital en dos dotes iguales, cedernos para vivir unidos la antigua casa y retirarse tranquilo a pasar los últimos años de su vejez sin otra renta que su haber de empleado. Desgraciadamente los acontecimientos habían truncado todos sus planes. No estaba satisfecho del matrimonio de Julia o inculpaba fuertemente a su falta de previsión, a su ceguera y a su condescendencia.

No encontró palabras con que condenar la vanidad e irreflexión de las familias que sólo por hábito, sin meditar jamás lo que hacen y alucinadas por un mutuo y falso ejemplo, malgastan durante el año en sedas, en adornos y en una multitud de objetos innecesarios y caprichosos un capital que, reservado, podría formar al fin el patrimonio de sus hijos y ser el sostén de una nueva familia.

El torrente impetuoso de ostentación y de lujo que arrastra a nuestra sociedad, sin conciencia del término, había encontrado un momento en su camino al severo don Antonio; y como sucede a todo el que obedece a su impulso llegado el día de la expiación se encontraba en presencia de su falta y en la hora del arrepentimiento. La conciencia de que el enlace de Julia no era feliz y el recuerdo de la esterilidad con que había visto desaparecer gran parte de una fortuna, recuperada merced a algunos años de tramitaciones y fallos judiciales, lo afligía profundamente. Su inquietud por lo primero y su pesar por lo segundo aumentaba al reflexionar que, después de haber entregado a Alberto la dote de Julia, se había orientado, por repetidos y fidedignos informes de que ¡Alberto *jugaba!*

La verdad es que las circunstancias poco felices en que se encontraba y los acontecimientos que las habían creado no tenían su origen en faltas ni defectos suyos sino en nuestros vicios sociales.

Cada veinte días o cada mes consagraba una visita a Pepa. Aquel era para mí un día de verdadero júbilo al que me preparaba como para una fiesta.

Encontraba un consuelo desconocido, o, mejor dicho, yo no sé a qué pena oculta, hallaba un vago alivio en ir a pasar dos o tres horas en esta casa y en compañía de esta familia.

Cuando oía el nombre de Julia en boca de mis amigos, me causaba despecho y tristeza; pero en los labios de Pepa estaba lleno para mí de gratos recuerdos. Tenía no sé qué perfume de santidad y de pureza que me hacía soñar con el pasado.

Esa pena eran los celos. Ese perfume santo era el amor. ¿Para qué ocultarlo? Amaba a Julia con el mismo delirio y con la misma llama que el día en que por primera vez había estrechado su mano contra mi corazón enamorado. Y sin embargo -¿lo creerás?- no la había visto ni una sola vez después de mi regreso.

Era la mañana de un domingo de mayo. Había pasado una noche de insomnio y la aurora me había sorprendido despierto. Me levanté, y con el propósito de oír misa me dirigí hacia la iglesia de San Pedro, tomando la calle de Tagle.

La mañana estaba fresca. No había sol, y el rocío caído durante la noche había humedecido un poco las baldosas de la vereda.

Una multitud de gente salía del templo. Yo caminaba preocupado con la vista en el suelo por temor de pisar en el lodo. De repente vi dos pequeños pies que, ceñidos por delicados botines, caminaban hacia mí. Alcé los ojos y percibí los contornos de una hermosa mujer. El cuerpo era esbelto y la cabeza altiva. El tul de una lujosa basquiña ocultaba su rostro. La manera graciosa con que su mano delicada, cubierta por un guante negro, levantaba la falda del vestido me llamó la atención. Llevaba un traje de seda azul oscuro, guarnecido por tres bobos bordados de terciopelo negro que, suspendidos, dejaban ver tras de sí el ancho y rico encaje de la enagua. En la otra mano llevaba un pequeño devocionario con pasta de ébano incrustada de concha de perla de colores. El aspecto revelaba una limeña elegante y de alta sociedad. Como caminábamos de frente, pude fijar en ella una mirada escudriñadora para percibir sus facciones resguardadas por el tul.

¿Sería efecto de la casualidad o de la coquetería? Yo mismo no pude adivinarlo. La verdad es que un momento antes de pasar a mi lado se levantó el velo.

¡Era Julia!

Había renunciado desde el principio a hacerte un retrato detallado de esta. El hombre apasionado adivina y sorprende y descubre en las facciones, en las miradas, en las líneas, en los contornos vaporosos, en los movimientos ingenuos, en las actitudes infantiles y

muchas veces hasta en los defectos de la mujer que ama, secretas bellezas que sólo se revelan al alma enamorada. Estos encantos ocultos, estas revelaciones íntimas, estos misterios entre el ídolo y el idólatra, a que se habitúan el pensamiento y la vista, son inaccesibles a los indiferentes. La facultad de percibirlos es intrasmisible y la palabra humana no alcanzará jamás a revelarlos. Es la reproducción interior, única, misteriosa, exclusiva de una sombra que se ha creado sólo para nosotros, que tiene como un santuario en nuestra alma, que la contemplación continua del amor ha delineado poco a poco en secreto, que la felicidad ilumina con todos sus colores y que ignora el mundo entero, excepto nosotros mismos. Juzgo imposible describir a Julia, tal como yo había llegado a trasfigurarla, como la veía y como la amaba. Pero llego a un momento en que no puedo dejar de bosquejarla con ligeros rasgos.

La verdadera limeña, la limeña joven, existe bajo dos formas distintas. Bajo la primera es una hada pura, aérea, tierna, ágil y espiritual que apenas toca al suelo con su planta. Bajo la segunda es un tipo cándido, negligente y esencialmente voluptuoso, aunque siempre delicado y divino. Podría decirse que esta sombra se roza con el polvo de la tierra: pero si es así, lo roza purificándolo. Julia era a mis ojos la completa realización de este último tipo.

Distinguíanse sus facciones por la graciosa pureza de líneas que posee la generalidad de nuestras mujeres hermosas. Cuando se la veía con frecuencia y de cerca, esa pureza llegaba a hacerse perfecta. Su cutis tersa, suave y morena como el azahar tostado por el sol pero no marchitado, dibujaba un rostro más redondo que agudo. Las pestañas largas, negras y arqueadas de sus ojos debilitaban, adormecían y suavizaban el fulgor de sus pupilas.

Los ojos negros realizan para mí un gran misterio físico y estético de la naturaleza. Círculos de fuego y oscuridad, de llama y lóbreguez, de irradiación y sombra, Dios ha querido manifestar al crearlos lo infinito de su poder y lo inagotable de su fecundidad, condensando en el radio de una pupila todas las tinieblas de un abismo, impregnándolas con la luz reunida de todos los astros del firmamento. Los de Julia reverberaban, iluminaban y enloquecían al mismo tiempo. Tenía en uno de los párpados una imperceptible inflexión, que, según he observado, no es muy rara en la limeña. Esa inflexión prolonga la pestaña y da a la pupila un rayo de íntima alegría, rayo que parece salir desde el fondo del alma, que brota al reírse mil centellas y que pudiera llamarse la sonrisa perpetua de la mirada.

Su cuerpo ligero, aunque un poco abandonado a sí mismo, estaba dividido por una cintura de niña sobre la cual se equilibraba un talle arqueado hacia atrás con cierto aire de majestad. Su pecho levantado y saliente era de estatua. Los pliegues del traje dibujaban al desprenderse de su cintura las líneas de dos arcos laterales que describía la vaporosa ondulación del vestido con la suavidad de una pluma de cisne. Esta notable belleza envolvía la parte inferior de su cuerpo en una atmósfera flotante de voluptuosidad y lo daba algo de exclusivo en esa gracia indefinible que solo la limeña posee al caminar.

El pie, más pequeño aún que la mano, hacía saltar el beso de la boca, si se me permite la expresión, cuando un descuido lo dejaba deslizarse -valiéndome de un verso de Zorrilla- por bajo la orla del traje. El brazo era un modelo perfecto que desearían todos los escultores de la Italia.

Los labios no sólo tenían el color sino toda la apariencia de una hoja de rosa recortada y amoldada bajo tal forma. No poseían el brillo que en otras mujeres, lo que dejaba resaltar, cuando se reía, unos dientes diáfanos, transparentes e iguales como dos pequeñas diademas de nácar. Pero lo que más embellecía y chocaba con la blancura radiante de esos dientes, era la sombra proyectada por un pequeño hoyo que se lo formaba en el vértice de la boca con la gesticulación de la risa. Ese hoyo, capricho encantador de la naturaleza, es cualidad exclusiva de las mujeres de nuestra raza, y no se podrá definir jamás todo el atractivo, toda la hermosura, toda la seducción que tiene en la limeña. Si Julia hubiera sido desheredada de toda belleza física, le habría bastado esa sola para verse, como se había visto, rodeada de adoradores, desde su más tierna juventud.

Recuerdo haber visto en una de las galerías de pintura de París un cuadro que representa a Rafael en una calle de Roma copiando, para una de sus vírgenes, la fisonomía de una campesina de la ciudad eterna. Más de una vez me he preguntado en presencia de ese cuadro, si el pincel de ese genio no habría idealizado más el tipo de sus vírgenes conociendo el de las mujeres de nuestro cielo; y después de amar a Julia, he, pensando siempre, haciendo abstracción de las leyes del tiempo, que si Rafael se hubiera encontrado por casualidad en presencia de mi amada, como por casualidad se había encontrado en una calle con la campesina de Roma, pálido y demudado, se habría detenido sin duda ante ella, pedido su paleta, arrebatado a sus colores los tintes más puros, y golpeando con la mano su frente, ¡habría demandado para copiarla su último secreto a la inspiración, su última revelación a los cielos!

Tal es el molde en que Dios había vaciado, o para expresarse mejor, en que Dios ha vaciado, amigo mío, esa criatura angelical. Concibe la palidez con que el matrimonio había teñido sus mejillas, sin quitar un rayo de esplendor a sus ojos; dale la negligencia de la limeña al caminar, cierto desdén estudiado y el esplendor de una visión repentina; pon en su frente la aureola de la juventud dichosa, y comprenderás la impresión que esa mañana me estaba reservada.

El corazón me palpitó con violencia. Me sentí embarazado en la acción, y sólo un momento después pude darme cuenta de mis impresiones. La saludé con una amabilidad forzada que indicaba la satisfacción del orgullo.

Ella me contestó sonriendo.

Entonces me asaltó el pensamiento de volver y hablarla. Pero el amor propio me detuvo.

No pude, sin embargo, contenerme, y un momento después había olvidado mi orgullo para hacer una cosa peor. Volví y la seguí de lejos hasta la puerta de su casa. ¿Con qué objeto?

Yo mismo no lo sé.

Seguir una mujer en compañía de un amigo es un capricho entretenido, agradable y galante. Seguir la sólo es una acción de niño, extravagante y embarazosa. Hay a pesar de todo no sé qué secreto encanto en seguir con la vista a la mujer que se ama cuando se la encuentra en la calle, y en ir tras de sus pasos contemplándola de lejos. En una sala, jamás ha pasado ante mí, aérea y voluptuosa, una mujer a quien haya creído amar, sin seguir con la vista los pliegues ondulantes de su traje y sin que mi corazón haya rebotado de una sensación inefable. En cualquiera otra actitud la mujer oculta parte de su hermosura. De pie, ostenta toda la belleza de sus formas; caminando, revela toda la gracia de sus contornos. En la calle parece que purificara el aire que respira, que divinizará el polvo que huella, que levantará a su alrededor una atmósfera santa a que no se osa llegar y que dejara tras de sí como una estela de perfume.

Me habría creído humillado si Julia se hubiera impuesto de que la seguía. Sin embargo, cuando la vi cruzar el dintel de su puerta y desapareció tras ella la última ondulación de su vestido sin que se apercibiera de mí, experimenté una amargura secreta e indefinible.

FIN